SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS
Y LÍRICAS

AMOR SALVAJE

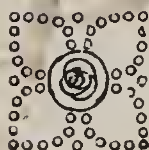
BOSQUEJO DRAMATICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

DE

JOSÉ ECHEGARAY



MADRID

AMOR SALVAJE

AMOR SALVAJE

BOSQUEJO DRAMATICO

EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA por la Compañía del Sr. Novelli en mayo de 1896.



TIP. YAGÜES
PLAZA DEL CONDE BARAJAS, 5
MADRID
1929

Tip. Yagües. — Plaza del Conde Barajas, 5.

ADVERTENCIAS

Escribí esta obra en nueve días.

Mi único objeto fué dar una prueba de admiración al eminente actor italiano Sr. Novelli y pagarle un tributo de cortesía.

Imprimo el drama en la misma forma en que lo presenté al Teatro de la Comedia.

En la traducción se hicieron algunos cortes y algunas pequeñas modificaciones. Posteriormente, el Sr. Novelli, con su gran práctica y con buen deseo, ha hecho otras nuevas modificaciones. De todo ello se da cuenta en las notas que van al fin.

EL AUTOR

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CLARA	Sra.	Giannini.
ADELA (amiga de Clara)...........		Monti.
LOLA (ídem)	Srta.	Bertini.
PEDRO DE VARGAS.................	Sr.	Novelli.
GASTON DE NEBREDA............		Ruuggieri.
EL MARQUES (padre de Clara).		Cassini.
LUIS		Tossi.
EDUARDO		Dondini.
CRIADO 1.º		N.
IDEM 2.º		N.

Escena contemporánea: en París.



ACTO PRIMERO

La escena representa un salón elegante en casa de don Pedro. Divanes, mesas de te, etc. Es el salón de un hombre soltero y joven, pero serio. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CRIADO 1.º y CRIADO 2.º El Criado 1.º puede ser joven; el Criado 2.º debe ser de más edad.

CRIA. 1.º ¿Acabaron de almorzar?

CRIA. 2.º *(Mirando por una de las puertas laterales.)* Están acabando.

CRIA. 1.º ¿Sabes lo que te digo? Que aunque no conozco París, me parece que para estar en París y para ser un almuerzo de jóvenes, es muy «pacífico». Llamémosle así: «pacífico». Cuando don Pedro me hizo venir de Madrid, yo pensé otra cosa.

CRIA. 2.º ¿Pues qué te habías figurado tú? Aunque don Pedro no pasa de los treinta y cinco, es un señor formal: no le gustan las francachelas ni los desórdenes. Y aunque estamos en París, esta casa es puramente española. ¿Comprendes?

CRIA. 1.º Ya, ya lo veo.

CRIA. 2.º *(Con cierto misterio.)* Y además, dicen que se casa don Pedro.

CRIA. 1.º ¿Con quién?

CRIA. 2.º Con la hija del Marqués de Salvatierra: con la señorita Clara.

CRIA. 1.º No la conozco; al Marqués, sí.

CRIA. 2.º Como que el Marqués está en París y le ves todos los días. Y como que la señorita Clara están en Buenos Aires con sus tíos.

CRIA. 1.º Pues tendrá que venir ella.

CRIA. 2.º Eso es: vendrá ella o se casan «por poderes».

CRIA. 1.° Es verdad. «¡El sacramento matrimonial» viaja tan desahogadamente por encima de los mares! Se parece a los ciclones.

CRIA. 2.° ¡Qué cosas dices!

CRIA. 1.° Digo, que aunque don Pedro esté para casarse, esto ni quita ni pone, y que bien pudiera divertirse entre tanto, y nos divertiríamos todos.

CRIA. 2.° Lorenzo, ¡eres un disoluto! Mira que cuando el amo se enfada... aunque es muy bueno... ¡María Santísima, él sí que parece un ciclón!

CRIA. 1.° ¡Cá, si es un bendito! El señorito Gastón siempre le está dando bromas, y las sufre. Yo no las sufriría.

CRIA. 2.° Pues no te fíes.

CRIA. 1.° Silencio. Ya concluyen.

ESCENA II

GASTON y LUIS; los dos CRIADOS, que se retiran hacia el fondo.

LUIS. *(A los criados.)* Café... *(Los Criados salen, y luego, durante la escena, en un momento oportuno, traen el servicio de café.)*

GASTÓN. *(Arrojándose sobre un diván.)* ¡Me canso! ¡Me hastío! Esta casa es un Monasterio y Pedro un ermitaño. ¡Pedro el ermitaño! Treinta y cinco años y es viejo; a los cuarenta, caduco.

LUIS. Pero es bueno y leal.

GASTÓN. ¿Qué quiere decir «bueno»? ¡Bueno!... ¡Mejores son los santos; pero se quedan en sus nichos o en sus hornacinas, sin mezclar su vida de santidad a nuestras vidas mundanas. Si a los santos les da por venir a París, se acabó París.

LUIS. No eres justo al hablar así de Pedro. Después de todo, no es un misántropo: es alegre a su manera. Y además te quiere mucho.

GASTÓN. Me quiere mucho... me quiere mucho... Bueno, yo también le quiero: como se quiere a un «perrazo de presa». Yo creo que me quiere porque le domino.

LUIS. Dilo al revés: «le dominas porque te quiere». Por la fuerza no era fácil. *(Sonriendo.)*

GASTÓN. *(Con enojo y rencor.)* ¡Que no era fácil!

A otros más bravos que él les dominé por la fuerza. Con una espada en la mano, yo no retrocedo ante nadie: bien lo sabes. A los demás podrá dominarles con sus rugidos de león, con sus alardes de honradez, y sobre todo con sus riquezas. ¡A mí, no; a mí, no!

LUIS. Y es verdad: Pedro es muy rico.

GASTÓN. Millonario: centenares de veces millonario. Pero, señor, ¿cómo habrá podido hacer tanto dinero... siendo... siendo... después de todo... «un pobre hombre», un cerebro mediano, en suma, un ser vulgarísimo? *(Se descubre constantemente en Gastón el rencor y la envidia bajo apariencias burlonas.)* Yo creo que el dinero se encariña con los tontos.

LUIS. Pedro no fué nunca tonto. Su inteligencia es clarísima; lo que hay es que le falta ese baño de buen tono aristocrático, que se recibe en la primera educación o que no se adquiere jamás.

GASTÓN. Bien le defiendes.

LUIS. Cuando está él delante sigo vuestro ejemplo y le doy bromas más o menos pesadas; pero cuando no está delante, tienes razón, le defiendo. *(Dice esto con cierta seriedad.)*

GASTÓN. *(Conteniéndose por el pronto.)* ¡Pobre Pedro! Yo también le quiero: es un buen amigo. Pero, desengáñate, no ha nacido para los refinadísimos salones de París. El, allá en las Pampas, entre reses; o en California, buscando pepitas de oro a topetazos; o en la India, cazando elefantes; o bañándose en el Atlántico, en tiempo de tempestad, entre olas espumosas: todo lo material, lo grosero, lo enorme; nunca lo espiritual, lo fino, lo exquisito.

LUIS. Es que tampoco le gusta la vida «parisién».

GASTÓN. *(Riendo.)* Ya lo sé; en París se alarma su castidad salvaje. Suponiendo que los salvajes sean castos, que lo dudo mucho. ¡Que Pedro éste! ¡Tiene pudores de elefante!...

LUIS. Y el día en que esté celoso, sus celos también serán celos de elefante: ¡enormes!

GASTÓN. ¡Es verdad!... ¡Quisiera verlo!... ¡Quisiera quitarle su primera conquista, a ver qué cara ponía y cómo bufaba! *(Riendo a todo reír.)*

LUIS. ¡Cuidado!... Cuidado, que sería lance peligroso.

GASTÓN. ¡Pedro enamorado! ¡Los amores del oso! ¡El Himalaya en celo! ¡Lo grotesco y lo colosal juntos! ¡Dulzuras de un monolito egipcio! ¡Oh! Quisiera ponerle a prueba, aunque me costase darle una estocada...

LUIS. ¡Gastón!

GASTÓN. Que yo procuraría que no fuese mortal, porque yo le quiero... como se quiere a un hipopótamo doméstico.

LUIS. Pues dicen que se casa.

GASTÓN. ¡Que se casa Pedro!... ¡Pedro!... ¡Que se casa él!... ¡Qué idea! ¿Pero qué dices?... ¡Imposible!

LUIS. ¿No has oído nada?

GASTÓN. ¿Yo? No; he llegado hace dos días. Pero, ¿quién es la novia? ¿La futura?... *(Riendo sarcásticamente.)* ¡Dios mío, yo quiero conocerla!... ¡La novia de Pedro!... ¿Dónde está?... ¡Que la traigan!... ¡Quiero hacerle la corte! ¡Quiero ser el rival de Pedro!

LUIS. No te lo aconsejo.

GASTÓN. ¿Pero es que a Pedro se le puede tomar en serio?

LUIS. Creo que viene.

GASTÓN. Pues no me voy, y eso que tenía que hacer; pero ha de contarnos sus amores.

ESCENA III

GASTON y LUIS; por la derecha, PEDRO y EDUARDO

PEDRO. *(A Eduardo.)* Qué quieres que te diga. Admiro París; reconozco su grandeza y su hermosura, y es muy alegre... pero me da tristeza.

GASTÓN. Las fieras nacieron para vivir en los bosques.

PEDRO. Las florecillas silvestres no son fieras, y en los bosques viven y en los campos.

GASTÓN. ¡Ah! ¡Tú eres «florecilla silvestre»! ¡Qué poetico se nos hizo el buen Pedro y qué modesto! Tengo el honor de presentar a ustedes *(Volviéndose cómicamente hacia los demás.)* a don Pedro Vargas, banquero americano de oficio y «florecilla silvestre» de afición. *(Todos celebran la ocurrencia.)*

EDU. No te apures, Pedro; lo que quisiste decir ya lo comprendimos.

LUIS. Comprendido.

PEDRO. Y si no, peor para vosotros.

GASTÓN. ¿Te vas a ofender?

PEDRO. *(Con tono bonachón.)* Pues yo, ¿me ofendo alguna vez? Sé que, aunque os burláis de mí, sois buenos amigos. Digo... me parece...

LUIS. *(Tendiéndole la mano.)* Lo somos.

EDU. *(Lo mismo.)* Lo somos. ¡Eres tan bonachón!

GASTÓN. Yo no; yo soy tu enemigo. *(Sonriendo fríamente.)*

PEDRO. Tú eres el que más me quiere. ¡Si te conoceré yo! Aunque a veces haces mofa de mí, es con buena intención: para corregirme, para «civilizarme». ¡Eh! ¿Acerté? La verdad es que yo necesito que entre todos me «civilicéis». He vivido tantos años en el seno de la Naturaleza, en sus soledades grandiosas, en sus montes pedregosos, a las sombras de sus selvas, entre las tempestades de sus mares, que soy algo así como el hombre primitivo. Amo, como la Naturaleza ama; quizá más que vosotros, pero con exuberancia, con violencia, brutalmente. Esta es la palabra: brutalmente. ¡Si me conoceré yo!

GASTÓN. ¡Progreso! ¡Progreso evidente! El hombre de «las cavernas» se nos va convirtiendo en «poeta selvático».

LUIS. ¡Es verdad!...

EDU. ¡Verdad indiscutible!... Se humaniza: la fiera mete cada zarpa en su correspondiente guante blanco.

PEDRO. ¡Decís que soy poeta!... Eso quisiera: ahora más que nunca. Yo sé por qué. *(Como hablando consigo mismo.)* Pero no lo digo, no lo digo, que os burlaríais de mí. *(Volviéndose a ellos.)* Civilizadme, por caridad; descubridme el secreto de las frases bonitas, de las sonrisas discretas. Yo sé reír, pero a carcajadas. Soy vulgar: lo conozco. ¡Qué rabia!

GASTÓN. Se conoce; se hace justicia. ¡Hay esperanza!

PEDRO. ¿De que me civilicéis?

GASTÓN. De que te «domestiquemos».

EDU. ¡Y una vez domesticado, te iremos enseñando por los salones del gran mundo... cogido por el lazo de la corbata!.

PEDRO. Eso debéis hacer si sois buenos amigos.

LUIS. Lo somos todos.

PEDRO. Vosotros, sí. Ese, no. *(Por Gastón.)*

GASTÓN. No te pongas melancólico, Pedro; que no te sienta bien.

PEDRO. Es que no te acuerdas de Pedro. *(Golpeándose el pecho.)* Mañana me marcho a Madrid; nos separamos, ¡qué sé yo hasta cuándo! Te pedí un retrato, te prometí el mío... y nada; no has vuelto a acordarte... Luego decís que no me civilizo, y no me ayudáis... Es decir, no me ayudas tú. *(A Gastón.)*

GASTÓN. ¡Este pobre Pedro!... *(Riendo.)*

PEDRO. ¡Ya te ríes de mí! ¿Qué tiene esto de particular? ¿No es de buen tono, no es de buen gusto pedirle su retrato a un amigo del cual va uno a separarse? ¿También esto es ridículo? Entonces no lo entiendo.

GASTÓN. No, hombre... no... No digo eso. Y si tienes empeño... Vamos, aquí te traigo dos para que escojas. *(Con cierta condescendencia de lástima. Sacando del bolsillo del pecho dos «retratos de fotografía».)*

PEDRO. Gracias, Gastón, gracias. Cuando digo yo que tú eres bueno... A ver, a ver... *(Cogiendo los retratos.)* Este en traje de esgrima... y este en traje de sociedad, de ¡«conquistador amoroso»! Buena presencia. No te quisiera por rival. Yo soy más fuerte... pero tú... ¡demonio!... tú debes volver locas a las mujeres.

GASTÓN. ¿Pero tú piensas en amores, Pedro? Cuenta... cuenta...

PEDRO. *(Ruborizándose como un niño y sin querer contestar.)* Escojo éste... el de la esgrima... Toma este otro. *(Le da otro retrato, que Gastón toma y guarda en el bolsillo de la levita.)*

GASTÓN. No te hagas el distraído. Cuéntanos tus amores.

LUIS. Sí, que los cuente.

EDU. Nada, no te dejamos hasta arrancarte tu secreto.

PEDRO. ¡Qué tontería! Si no hay tal secreto... Voy

a traerte mis retratos, que los tengo en el despacho.

GASTÓN. ¡Que se nos escapa!... *(A los otros.)*

PEDRO. No... Si vuelvo... vuelvo en seguida... ahora mismo... (¡Pues no se me ha encendido la cara!... ¡Qué necio soy!) *(Sale por la derecha.)*

ESCENA IV

GASTON, LUIS y EDUARDO

GASTÓN. Es un pobre hombre.

EDU. Un niño grande.

LUIS. Pero muy bueno.

GASTÓN. ¿No le habéis visto? Se ha puesto rojo como una amapola porque le hemos hablado de sus amores.

EDU. ¡A mí me da lástima! ¡Qué mujer ha de quererle! ¡Y si esa mujer es fina, aristocrática, poética!... ¡Qué pareja! ...¡Un oso negro enamorado de una paloma blanca! ¡Lo monstruoso!

LUIS. Pues a mí me es muy simpático Pedro, y hasta me hacen gracia sus pudores.

GASTÓN. ¡Esos pudores son ridículos! A un hombre así no le puede querer ninguna mujer, ni merece que le quieran. A cada cual lo suyo; si los hombres damos en ser pudorosos, y vergonzosos, y tímidos, ¿qué les queda a las mujeres?

LUIS. Me parece que tú no corres ese peligro.

GASTÓN. A Dios gracias.

LUIS. O gracias al «diablo».

GASTÓN. A quien sea.

ESCENA V

GASTON, LUIS y EDUARDO; PEDRO, que trae seis o siete retratos de fotografía.

PEDRO. Ya están aquí. Toma el que más te guste. *(A Gastón.)*

GASTÓN. Qué más da. Cualquiera. En todos se refleja con exactitud y gallardía tu bella estampa. *(Tomando uno.)* Y ahora volvamos a lo de antes, que no has conseguido distraernos a pesar de tus malicias.

EDU. ¡Sí, háblanos de tus amores!

PEDRO. ¡Válgame Dios, otra vez!

GASTÓN. ¿No tienes confianza en nosotros?

PEDRO. ¡Es que os vais a reír de mí!

LUIS. No nos reiremos; cuenta.

GASTÓN. Por esta vez «te tomaremos en serio».

PEDRO. ¡Si supierais!... ¡Dios mío!...

GASTÓN. ¡Ha puesto los ojos en blanco!

LUIS. ¡Decididamente, se enamoró Pedro!

GASTÓN. ¡Lo inverosímil!... ¡Sí, lo inverosímil!... ¡Y luego hablan de lo inverosímil!

EDU. ¡Y se ha enternecido!

GASTÓN. ¡Se acabó Pedro!... ¡Enamorado!

LUIS. ¡Enamorado!

EDU. ¡Enamorado! *(Todos ríen mucho y acosan a Pedro con sus burlas. Pedro al fin se siente herido, se le enciende más el rostro y le echan fuego los ojos al ver que su amor, serio y profundo, es objeto de aquellas burlas.)*

PEDRO. *(Estallando con enojo creciente.)* ¡Enamorado!... ¡Sí, enamorado!... Como no lo habéis estado nunca vosotros, como no le estaréis jamás. ¿Qué sabéis vosotros lo que es querer con el alma? ¡Vosotros los de la elegancia y la moda! ¡Oh, no condeno la elegancia que es una forma de arte! ¡Pero condeno a los que hacen de la elegancia un disfraz para el vicio! ¡Vosotros los eternos gomosos! ¡Vosotros, seres superficiales, insustanciales, muñecos humanos, imitación de hombres por la figura, menos hombres que los monos que veía yo saltar en las selvas americanas por las copas de los árboles, dando chillidos agudos y haciendo gestos grotescos! ¡Vosotros, que cuando queréis sentir y cuando lleváis las manos al pecho, no encontráis corazones repletos de sangre roja, sino un blanco «plastrón» almidonado! ¿Qué sabéis lo que es amar? ¡Sí, enamorado Pedro, con toda su alma, que es fuego; con toda su sangre, que es fuego; con toda su voluntad poderosa que le ha dado la voluntad de Dios!

GASTÓN. ¿No lo oís? ¡Pedro cabalgando en lo sublime!

LUIS. Nada, que Pedro se enamoró de veras.

EDU. ¡Como un hombre!... ¡Es decir, como media docena de hombres!

GASTÓN. Como un Sansón, diría yo.

LUIS. ¿Y desde cuándo?

GASTÓN. Eso es; ¿desde cuándo está enamorado?

PEDRO. *(Con sencillez.)* Toda mi vida.

GASTÓN. «Recuerdo de otro cariño
habido antes de nacer»,
como dice el poeta. Todo, todo: el idilio, la epopeya. La tragedia, ¿para cuándo?

PEDRO. *(Con cierto presentimiento sombrío.)* ¡Quién sabe!

GASTÓN. ¡Vaya por los amores de Pedro! ¿Y «contra» quién?

PEDRO. *(Sin comprender.)* ¿Cómo «contra quién»?

GASTÓN. ¿Que quién es ella?

PEDRO. ¡Ella!... ¡Ella!... Me da vergüenza decirlo. No sois dignos de oír su nombre dulcísimo. Y es muy áspera mi garganta para pronunciarlo.

EDU. ¡Ah! ¡Delicadezas del verdadero amor! ¡El cráter del volcán plegando su boca para decir el nombre de su adorada!

GASTÓN. *(Con impertinencia insolente.)* ¿Y dónde la viste por vez primera?

PEDRO. *(Con cierta timidez, con sonrisa dulce en lo posible, etc., etc.)* ¿Yo?... ¿A ella?... ¿Dónde?...

GASTÓN. Sí; ¿dónde?... ¿A que lo adivino? En el «boulevard».

PEDRO. *(Con arranque feroz y arrojándose sobre él.)* ¡Miserable! *(Le coge por un brazo; se quedan los dos mirándose amenazadores; los demás los separan.)*

GASTÓN. ¡Pedro!...
LUIS. ¡Pedro!...
EDU. ¡Hombre!...
(Todo esto es rápido, casi simultáneos los gritos. Se separan o los separan.)

GASTÓN. ¡Demonio de fiera!... ¿Sabes lo que te digo, Pedro? Que es la «segunda vez» que me pones la mano encima. La primera nos costó sangre a los dos. La «tercera» será la última para ti o para mí.

PEDRO. Es la «primera vez» que ofendes a la mujer a quien amo; la segunda será la última. Y «mucho me habéis debido civilizar» cuando espero a «la segunda».

LUIS. ¡Ea! Esto acabó. ¡No faltaba más!...

PEDRO. Como ése quiera. *(Pausa. Quedan todos silenciosos y violentos. Pedro se pasea muy agitado. Se acerca a la mesa y bebe nerviosamente un vaso de agua. Acercándose a Gastón.)* Oye, Gastón, ¿has querido ofenderla? ¿Verdad que no?

GASTÓN. ¡Si no la conozco! ¡Cómo había de ofenderla!...

PEDRO. *(Con tono cariñoso y arrepentido.)* Entonces... perdóname. *(Se dan un abrazo.)*

LUIS. ¡Gracias a Dios que tenéis juicio!

EDU. ¡Vaya un motivo para un disgusto!

PEDRO. Es que a Clara hay que respetarla.

GASTÓN. ¡Clara!... Pero ¿quién es Clara?

PEDRO. La hija del Marqués.

GASTÓN. ¿De qué Marqués? *(Con agitación e impaciencia.)*

PEDRO. Del Marqués de Salvatierra.

GASTÓN. ¡Clara!... ¡Ella!... ¡Imposible!...¿Tú casarte con Clara? ¡Delirio!... ¡Locura!... ¡Jactancia!

PEDRO. ¿Por qué? *(otra vez en tono duro.)*

GASTÓN. Porque sería un desatino. *(otra vez con tono irónico.)*

PEDRO. ¿Por qué?

GASTÓN. Porque... no sería una boda artística. Las bodas de una encina cargada de bellotas con una violeta envuelta en aromas.

PEDRO. Si la encina se arranca la corteza tosca y grosera, y se ahueca el corazón, y de él hace honda y abrigada «maceta» para la flor perfumada, ya tienes depositada a la violeta en el alma de la encina. Como este caso he visto muchos en las selvas vírgenes; donde no he visto ninguno es en los bosques de artificio.

GASTÓN. *(Conteniéndose.)* Bueno. Tanto mejor para ti.

PEDRO. *(Ya con desconfianza celosa.)* ¿Pero tú conoces a Clara?

GASTÓN. Sí.

PEDRO. ¿La tratas? ¿Eres su amigo?... ¿Has hablado con ella alguna vez?

GASTÓN. No. La conozco... como se conoce el cielo azul... o la estrella lejana.

PEDRO. ¡Ahora eres tú el poético! *(Con ironía.)*

GASTÓN. Es que la poesía está en ella.

PEDRO. Mira tú cómo ahora estamos conformes.

GASTÓN. *(Fingiendo alegría e indiferencia.)* La he visto dos o tres veces. Hace un año, al salir del teatro, en el vestíbulo. Se le cayó el pañuelo; tuve la suerte de cogerlo, y se lo presenté respetuoso.

PEDRO. Así se hace. ¿Y ella?

GASTÓN. Sonrió... y me dió las gracias con su voz dulce.

PEDRO. No es verdad.

GASTÓN. *(Riendo; ya ha recobrado su aplomo.)* ¿Que Clara no tiene la voz dulce?

PEDRO. Para ti, no.

GASTÓN. ¿Y para ti?

PEDRO. *(Con humildad y tristeza.)* No he hablado nunca con ella: no me conoce.

GASTÓN. ¿Y se va a casar contigo sin conocerte? Te conocía... selvático; no te conocía «jactancioso».

PEDRO. No soy jactancioso como dices. Soy tímido, muy tímido. *(Se queda pensativo y se deja caer en un sofá.)*

LUIS. ¿Que tú eres tímido?

GASTÓN. Hasta hoy lo había creído; pero ya estoy desengañado.

EDU. Lo estamos todos. *(Le rodean riendo para distraerle del pasado disgusto.)*

PEDRO. Pues lo soy. Os digo que lo soy.

LUIS. No lo probarás.

PEDRO. Lo probaré. Oíd. Yo tenía interés en ser amigo de un hombre: de un señor de mucho respeto. Me iba en ello más que la vida: ¡la esperanza! Porque sin la esperanza, ¿la vida qué importa? ¡Bien puede arrancarse los ojos quien ha de vivir siempre en las tinieblas! *(Con pasión. Cambiando de tono.)* Pues seis meses le estuve siguiendo a ese señor sin atreverme a presentar. ¿Viajaba? Pues yo viajaba con él. ¿Paraba en un hotel? Al hotel yo. ¿Tomaba un tren? Yo al mismo tren. ¿Un trasatlántico? Pues don Pedro Vargas al trasatlántico. ¡Era su sombra! Ya veis qué tontería. ¿Qué me costaba decirle: «Soy don Pedro Vargas; soy un hombre honrado: deseo merecer su amistad de usted»? ¿No es esto? ¿Está mal dicho? Pues en «seis meses» no me atreví. Hasta que... cierto suceso... me facilitó la presentación. Conque decid si no soy tímido.

GASTÓN. ¿Y cuánto tiempo vas a necesitar para presentarte a Clara? *(Siguiendo la broma.)*

LUIS. Sí, ¿cuánto tiempo? A ver, calculá.

PEDRO. *(Riendo, con la movilidad de su carácter; ya le pasó el enojo.)* ¡Ah!... De eso se encargará su padre.

GASTÓN. ¿El Marqués?

PEDRO. Justamente.

UNO DE LOS CRIADOS. *(Anunciando.)* El señor Marqués.

ESCENA VI

PEDRO, GASTON, LUIS, EDUARDO y el MARQUES

PEDRO. *(Saliéndole al encuentro.)* Don Anselmo... digo... señor Marqués...

MARQ. ¡Mi querido Pedro! *(Dándole afectuosamente la mano.)* ¿Qué es eso de Marqués? ¿Es que nos tratamos de etiqueta?

PEDRO. Dice usted bien; mejor es así: «Don Anselmo.»

MARQ. Por hoy... Dentro de poco... de otra manera; yo espero que me llames... *(Quiere decir «padre».)*

PEDRO. ¿Cómo?... Diga usted cómo.

MARQ. ¿No lo adivinas? ¡Qué torpe! *(Volviéndose a los demás.)* Dispensen ustedes; este Pedro me hace perder la cabeza y ser descortés.

PEDRO. Déjeles usted; son amigos; ya se conocen ustedes. *(El Marqués, Luis y Eduardo se dan la mano.)* Perfectamente; ya se han saludado ustedes. Ahora sigamos nosotros.

GASTÓN. Dispénsame, pero te olvidas de mí. *(A Pedro.)* Nunca he tenido el honor de ser presentado al señor Marqués. Preséntame.

PEDRO. Bueno, te presentaré. Aquí tiene usted a Gastón. *(Dirigiéndose al Marqués.)*

GASTÓN. ¡Qué hombre éste! *(Riendo.)* ¡Ni a presentar a un amigo aprendiste!

PEDRO. ¡Ah!... Sí... *(Presentándole con cierta seriedad.)* Gastón Nebreda... mala persona... digo, buena persona. Talento... ingenio... y muy burlón. ¡Ah!... Recogió una vez el pañuelo de Clara en el vestíbulo del teatro. Ya estás presentado.

GASTÓN. Señor Marqués...

MARQ. Señor de Nebreda... *(Se dan la mano.)*

GASTÓN. No le crea usted. No soy burlón, al menos con las personas de respeto. Con él es distinto.

PEDRO. ¡Ea! Se acabaron las presentaciones. Ya se irán ustedes conociendo. Ahora vamos a lo nuestro. *(Al Marqués.)*

GASTÓN. *(Como para despedirse.)* No quisiéramos molestarles...

LUIS. *(Lo mismo.)* De ningún modo...

EDU. *(Preparándose también para marcharse.)* Y para dejarles en libertad...

PEDRO. No; eso no. *(Deteniéndoles.)* De ningún modo. Diríais que os he echado de mi casa. Que no conozco las conveniencias sociales. Que soy un pequeño salvaje.

GASTÓN. ¡Un «pequeño salvaje»! ¡Nunca diré yo eso!

PEDRO. Corriente, pues el «mayor salvaje» de estas regiones civilizadas. Conque no os marchéis; no lo consiento.

GASTÓN. *(Insistiendo.)* Sin embargo...

LUIS. Ustedes tendrán que hablar...

GASTÓN. De asuntos interesantes... y secretos.

MARQ. Interesantes, sí: secretos, no. Lo que yo venía a decir a Pedro pueden oírlo todos sus amigos, y los suyos son los míos.

GASTÓN. Mil gracias, señor Marqués.

PEDRO. Me alegro; así no podrán burlarse de mí delante de usted. *(Pausa. El Marqués le mira sonriendo. Pedro le mira con ansiedad y como suplicando.)*

MARQ. ¿Por qué me miras así? *(A Pedro.)*

PEDRO. No sé... Yo muchas veces miro... por costumbre... sin saber por qué.

MARQ. Pues yo sí lo sé.

PEDRO. ¿De veras?

GASTÓN. Decididamente, estorbamos. *(Levantándose.)*

PEDRO. He dicho que no. *(Con tono rudo.)*

MARQ. ¡Estorbar! De ningún modo. Y la prueba es que voy a decirle a Pedro... lo siguiente: «Me miras con esa fijeza y esa ansiedad como preguntándome: ¿Ha escrito usted esa carta? La definitiva, la que ha de decidir de mi suerte...» ¡De la tuya! ¿Acerté?

PEDRO. Acertó usted.

MARQ. Pues bien; la he escrito, y la traigo; y hoy mismo se la mando a Clara.

PEDRO. ¡Ay, Dios mío, qué bueno es usted! ¡Cuánto le debo! *(Abrazándose a él conmovido.)*

GASTÓN. *(Aparte a Eduardo.)* (Estas expansiones de familia me empalagan.)

EDU. *(Lo mismo a Gastón.)* (Pues vámonos.)

GASTÓN. (No. Tengo curiosidad, mucha curiosidad por conocer esa carta. Estoy impaciente, y si yo pudiera estar nervioso, lo estaría.)

EDU. (Gastón... Gastón...)

GASTÓN. (Silencio...)

MARQ. *(A Pedro.)* ¿Conque me debes mucho?

PEDRO. ¡La vida! Oídlo: le debo la vida.
MARQ. Precisamente lo que te debo a ti.
PEDRO. Por Dios, don Anselmo...
MARQ. ¿Ustedes no saben cómo se me presentó por vez primera? Presentación a la americana.
PEDRO. *(Queriendo interrumpirle.)* ¡Don Anselmo!
MARQ. *(Sin hacerle caso.)* Después de seguirme seis meses por tierra y por mar, sin atreverse a decirme: «Don Pedro Vargas, muy servidor de usted...»
LUIS. ¡Ah! ¿Era usted el de la historia que antes nos contó?
GASTÓN. Lo había adivinado.
MARQ. ¿Contó ya la historia?
LUIS. Pero no completa.
MARQ. Lo suponía. ¡Yo la completaré!
PEDRO. ¡Ay, Dios del cielo, que no acaban! *(Le sonroja que cuenten sus heroicidades.)*
MARQ. Pues viajábamos juntos en un trasatlántico, cuando nos asaltó una tempestad, ¡y al fondo con el buque! Se cogieron las lanchas como se pudo... es decir, yo no cogí ninguna. Pedro, sí, porque es muy fuerte. Yo me revolvía entre las olas encomendando mi alma a Dios y pensando en mi hija... en mi pobre Clara...
PEDRO. ¡Qué despacio cuenta usted, don Anselmo! Pues nada... yo pensé: «Esta es la ocasión de presentarme.» Me arrojé al agua; en dos brazadas me acerqué a él, y le dije respetuosamente: «Señor Marqués, permítame usted que me presente, aunque deploro la ocasión.» La verdad es que no la deploraba.
LUIS. ¡Magnífico!
EDU. ¡Admirable!
GASTÓN. Admirable, sí; pero extravagante.
MARQ. Y me cogió en sus brazos... me sostuvo con fuerzas de titán, y me salvó.
PEDRO. Conque así fué mi presentación, y se acabó la historia. Hablemos de otra cosa.
MARQ. Pues hablemos de la carta para Clarita.
PEDRO. De eso sí. Ah, don Anselmo, yo también lucho entre dudas y esperanzas: olas que me precipitan en abismos de negruras; olas que me llevan arriba, arriba, donde está el cielo azul, el sol, el aire que se respira... ¡Deme usted la mano, don Anselmo!

MARQ. Las dos manos... ¡y la carta! *(Le da la carta.)*

PEDRO. *(Cogiéndola con ansia.)* ¡Ah!... ¡Mía!

MARQ. Y como estos señores saben lo que hiciste por mí, no quiero que me tengan por ingrato. Puedes leerla en voz alta.

GASTÓN. *(A Eduardo.)* (¡Será curiosa!)

PEDRO. Pues voy a leerla en voz alta, para que todos gocéis conmigo.

LUIS. *(A Gastón en voz baja.)* (Es mucho suponer.)

GASTÓN. (¿Por quién lo dices?)

LUIS. (Por ti.)

GASTÓN. (¡Ah, malicioso!)

PEDRO. Oíd... oíd el «pregón» de mi felicidad. *(Leyendo.)* «Querida hija mía, mi querida Clara de mi alma: Llegó el momento decisivo. Ya comprendes que se trata de Pedro. Tú sabes lo que le debo: lo que le debemos. Pues bien, Clarita mía; la mayor dicha de mi vida sería que le aceptases por esposo. Es muy bueno, es muy noble... Resuélvete; dame una alegría. ¡Si vieras con qué ansia espero tu contestación! ¿Y él? No le conoces personalmente; si le conocieses, comprenderías lo que sufre el pobre hijo mío, porque aunque tú no lo aceptes... siempre será mi hijo.» *(La lectura de esta carta, las interrupciones, las entonaciones diversas... todo queda encomendado al talento del actor.)* ¡Ay, don Anselmo! ¡Ay, padre mío! *(Abrazándose a él.)*

MARQ. Sigue; si no acaba.

PEDRO. Ya, ¿para qué?

MARQ. Hay una postdata.

PEDRO. ¿Sí?... A ver... *(Leyendo.)* «Te mando el retrato de Pedro. A mí me parece muy guapo. ¿Y a ti?» ¡Gran idea!... ¡Magnífica idea!... ¡Feliz idea!

MARQ. Ya te lo decía yo.

PEDRO. Precisamente aquí tengo una colección de retratos. *(Cogiendo las fotografías; todos se ríen y hablan por lo bajo, dando animación al cuadro.)* A ver... A ver... Ayúdenme... ayúdenme... Ayúdame tú, que tienes buen gusto. *(A Gastón.)*

GASTÓN. *(Riendo con risa algo siniestra.)* Curioso... ¡Muy curioso el caso! ¡Ya lo creo que te ayudaré! *(Todos rodean a Pedro, que va*

examinando las fotografías una por una. También esta escena queda encomendada al actor.)

LUIS. Veamos...

EDU. *(Aparte.)* (¡Qué idea la de este papá!)

GASTÓN. Entre el señor Marqués y nosotros vamos a casar a Pedro; conque mucho cuidado y mucho tino. Las «primeras impresiones son decisivas». Si no le gusta a la preciosa marquesita el retrato que le mandemos, Pedro está perdido.

PEDRO. *(Tomándolo por lo serio.)* Es verdad; dices bien. Es cosa muy importante... Ay, Dios mío... ¡Dios nos dé buena mano! ¡Ahora me da un miedo horrible! ¡Las «primeras impresiones son decisivas»! Don Anselmo, ¿y si le parezco feo a Clara? *(Todos se ríen y hablan entre sí.)*

GASTÓN. No seas modesto.

PEDRO. ¿Y si le parezco antipático?

MARQ. ¡No digas desatinos!...

PEDRO. ¿Y si le parezco tosco y vulgar?... A ver... a ver... ¿Qué les parece esta fotografía? *(Enseñando un retrato.)*

GASTÓN. Francamente, muy mal. Pareces un «oso negro».

PEDRO. *(Tristemente.)* Sí... un oso negro. *(Mirando el retrato.)*

MARQ. En efecto, están pasadas las tintas... es muy oscura.

PEDRO. ¡Fuera! *(Arrojando la fotografía sobre la mesa.)* ¿Y ésta?... Observen ustedes ésta... *(Enseñando otra fotografía.)*

GASTÓN. Poco marcado; desvanecidas las tintas; muy débil... Pareces un «oso blanco».

PEDRO. *(Siempre en serio.)* Puede ser... sí... un «oso blanco». *(La echa sobre la mesa.)*

EDU. Podre Pedro, qué apuros pasa por encontrarse guapo.

PEDRO. Pues ésta... ¿eh?... ¿Qué tal? *(Enseñando otro retrato.)*

GASTÓN. No estás de suerte. *(Riendo con todos.)*

PEDRO. Todos los retratos te parecen mal.

GASTÓN. Es que yo me tomo mucho interés por mis amigos. «Yo quiero... que todos mis amigos se casen»... y que se casen bien.

MARQ. Esta... ¡esta es magnífica! ¡Qué gallardía!... ¡Qué nobleza!... ¡Qué expresión!...

PEDRO. ¡No está mal!... *(Mirándola con interés y*

cierto placer infantil.) ¡Fuerza... expresión!... ¿Qué dices tú, crítico descontentadizo? *(A Gastón.)* Aquí no soy «un oso». Y si dices que lo soy, te abrazo fuerte... *(Queriendo decir que le ahoga.)*

GASTÓN. Y pruebas que lo eres.

PEDRO. Decididamente escojo ésta: la que ha escogido don Anselmo. No hay que pensarlo más. Venga la carta... venga el sobre... *(Pretende meter la fotografía en el sobre, pero el sobre es pequeño y no puede.)* Pero si no cabe en el sobre... es muy pequeño... es muy pequeño.

GASTÓN. «Un oso» no cabe en ninguna parte, y menos en un sobre: se necesita una jaula.

PEDRO. Estás pesado... ¡pesado de veras! Las gracias, para ser graciosas, no han de ser «plomizas». *(Algo enojado.)*

GASTÓN. ¿Es que te enfadas?

PEDRO. No me enfado... pero...

GASTÓN. Quiero desenojarte; y en prueba de mi afecto... voy a contribuir, siquiera sea en mínima parte, a tu felicidad. Dame esa carta y tu retrato.

PEDRO. ¿Para qué?

GASTÓN. ¿No te fías de mí?

PEDRO. Ya lo creo. *(Sin embargo vacila.)*

GASTÓN. Pues venga la carta y tu fotagrafía. Me voy a tu despacho; busco un sobre que se acomode «a tu tamaño»... arreglo tu retrato... una cubierta... una cinta vistosa... y habré tomado parte en esta difícil y simpática obra de tu dicha futura... *(Dice esto en forma cortés y cariñosa.)*

PEDRO. ¡Magnífico!... ¡Gracias!... ¡Mi buen Gastón!... ¡Toma!... *(Le da con efusión la carta y la fotografía.)*

GASTÓN. *(Le mira sonriendo.)* Soy con ustedes, señores. *(Sale por la derecha.)*

ESCENA VII

PEDRO, el MARQUES, LUIS y EDUARDO

LUIS. *(A Eduardo.)* (No me fío de Gastón.)

EDU. *(A Luis.)* ¿Por qué?

PEDRO. En el fondo, ¡qué bueno es Gastón, qué cariñoso! ¿No le parece a usted, don Anselmo?

MARQ. Ciertamente... una persona muy fina... y de buen ingenio.

PEDRO. Y muy bravo: se juega la vida... por cualquier cosa.

MARQ. Mal hecho. La vida vale mucho para jugársela por fruslerías. Nos la dió Dios; no hay que despreciarla.

PEDRO. Quise decir que Gastón nunca tiene miedo. ¿Sabe usted *(Al Marqués.)* cómo nos conocimos? ¿Os acordáis? *(A Luis y Eduardo.)*

LUIS. Ya lo creo. ¡Buenos días nos hicisteis pasar!

PEDRO. La primera vez que nos encontramos en el mundo Gastón y yo, reñimos estrepitosamente, ferozmente. ¡El se burló de mí!... Ahora también se burla; pero ahora es un buen amigo. De un amigo se sufre todo; de un extraño, nada. Digo... me parece... Pues se burló de mí, y yo le maltraté de palabra... y «de obra»: a veces soy muy brutal. Al día siguiente nos batimos, y heridos quedamos los dos; pero su herida fué más grave que la mía. Porque yo soy más fuerte... por eso; más valiente que él, no, no lo soy.

MARQ. Locuras de la juventud.

PEDRO. Después hemos sido muy amigos.

MARQ. Malas son las bromas.

LUIS. Y peligrosas.

MARQ. De una broma a una estocada... hay poco camino.

ESCENA VIII

PEDRO, el MARQUES, LUIS y EDUARDO; GASTON entra con un pliego cerrado y sellado con sus cinco sellos de lacre.

GASTÓN. Ya está aquí con sus «cinco sellos» de lacre: parecen «cinco gotas de sangre». De tu sangre, Pedro, ¡qué es tan espesa y tan encarnada! Ya la conozco.

PEDRO. Y yo la tuya. *(Dándole la mano noblemente.)*

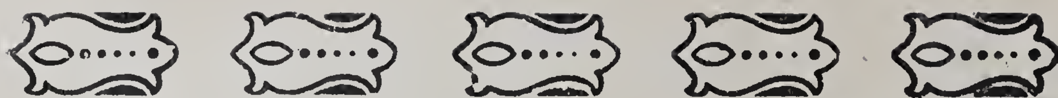
GASTÓN. Tome usted, señor Marqués. *(Dándoselo.)* Pero debe usted certificarlo: es muy importante. El porvenir va en él.

MARQ. Sí; ahora mismo.

PEDRO. Pues no perdamos un minuto. Don Anselmo, vaya usted en seguida.

MARQ. Ya voy, hombre; ya voy.
PEDRO. ¡Pronto!... ¡Don Anselmo!...
MARQ. Señores... Don Luis... *(Despidiéndose; se dan la mano.)*
LUIS. Señor Marqués...
MARQ. Amigo mío... *(A Eduardo.)*
EDU. Siempre suyo... *(Se despiden.)*
MARQ. *(A Gastón.)* Señor mío... he tenido una verdadera satisfacción...
GASTÓN. Ha sido un honor para mí... Y espero que no será esta la última vez que nos veamos.
MARQ. Lo celebraré infinito.
PEDRO. Que se hace tarde... Vamos, vamos... *(Le lleva hacia el fondo. El Marqués se lleva consigo la carta. Gastón, Luis y Eduardo forman en primer término un grupo, mientras en el fondo se despiden Pedro y el Marqués.)*
EDU. *(A Gastón.)* Tienes el gesto burlón.
LUIS. Tienes la cara que reservas para las grandes infamias.
GASTÓN. ¿No sabéis lo que hice? *(Con misterio y malicia.)*
EDU. ¿Qué hiciste?
GASTÓN. Silencio... silencio... No puse el retrato de Pedro: me quedé con él. *(Se ríe sarcásticamente: una risa traidora.)*
LUIS. ¡Gastón!...
GASTÓN. «Puse el mío».
LUIS. ¡Gastón!... *(Sin poder dominar su indignación.)*
EDU. ¡Graciosísimo!... ¡Admirable!... ¡Qué cara pondrá Pedro cuando lo sepa!
GASTÓN. Clara gana en el cambio. ¿Se acordará de mí Clara? Yo nunca la olvido.
LUIS. La broma es más seria de lo que presumes.
GASTÓN. ¿Y qué?
LUIS. Te puede costar cara.
GASTÓN. ¿Sangre acaso? ¿Y qué?
LUIS. ¡Gastón!... ¡Gastón!
EDU. ¡Delicioso!... ¡Ingenioso!... ¡Fin del siglo!... ¡Para Pedro, el fin del mundo!... ¡Para Gastón, el principio del cielo!
PEDRO. *(Después de despedir al Marqués viene al primer término muy alegre.)* ¡Los brazos!... ¡los brazos!... ¡Todos!... ¡todos!... ¡Un abrazo, Gastón! ¡Qué feliz soy!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ADELA, LOLA y CRIADO 1.º (o 2.º). Entran por el fondo acompañadas del Criado.

ADELA. Diga usted a la señora que dos amigas suyas desean verla. *(Al Criado.)*

CRIADO. Si la señora tiene la bondad de decirme a quién debo anunciar.

ADELA. *(A Lola.)* ¿Decimos nuestros nombres?

LOLA. No... no... La sorpresa será mayor no sabiendo quiénes somos. Conservemos el incógnito.

ADELA. *(Al Criado.)* Ya lo oye usted. Dos amigas de «pensión». *(El Criado se inclina y sale por la derecha.)*

ESCENA II

ADELA y LOLA. Las dos son jóvenes, muy jóvenes; pero Adela es casada y tiene un poco más de seriedad que su compañera. Lola es soltera, vivaracha, algo aturdida, habla sin pensar lo que dice: mucha movilidad.

ADELA. ¿Cuánto tiempo hace que no has visto a Clara?

LOLA. El mismo tiempo que tú: creo que cinco años. No... aguarda... *(Haciendo memoria.)* Saliste dos años antes que nosotras para casarte. Es una de las ventajas que tiene el casarse: salir de la pensión. Clara salió al año siguiente. Y yo la última. La última en todo. ¡Qué desgraciada soy! La

última en la clase; la última en salir de la pensión, y también seré la última en casarme.

ADELA. En el reino de los cielos, los últimos son los primeros. *(Riendo y haciéndole un mimo.)*

LOLA. Sí; pero en la tierra, los últimos... son los últimos.

ADELA. ¡Cuánto deseo dar un abrazo a Clara!

LOLA. Y dime, ¿es verdad que está casada?

ADELA. Sí, hija.

LOLA. Pero si me aseguraste al venir que no está el marido. ¿Cómo se puede casar una mujer sin tener un marido a mano, o por lo menos «a la vista»?

ADELA. Es que se han casado «por poderes».

LOLA. ¡Ah!... ¡Ya!... *(Sin comprenderlo bien.)* ¿Y es lo mismo casarse «por poderes» que «del otro modo»... como tú?...

ADELA. Lo mismo. «El lazo», de todas maneras «es indisoluble».

LOLA. ¡Qué cosa tan singular!... ¿Y por qué no ha venido el esposo?

ADELA. Te diré. Te diré lo que me han dicho. Parece que, concertada la boda, se fueron a Madrid el Marqués y el señor de Vargas, a resolver no sé qué asuntos. Pensaba el Marqués despachar pronto, irse a América y traerse a Clara. Pero cayó enfermo de alguna gravedad. Nada le dijo a Clara porque no se alarmase; pero pasaba tiempo, no mejoraba el pobre don Anselmo, el futuro se volvía loco de desesperación; y al fin, compadecido el Marqués, resolvió terminar la boda «por poderes». Se casaron Pedro y Clara, y anoche llegó Clara acompañada de su tía doña Gertrudis.

LOLA. Ya... ya lo comprendo.

ADELA. Hay más. Que el esposo, con su papá político, deben llegar «hoy mismo» de Madrid.

LOLA. Me alegro, me alegro muchísimo; y si viniese estando yo aquí, mejor. ¡Qué ganas tengo de conocerle! ¡Me gusta lo que no te puedes figurar el conocer a los maridos de mis amigas! ¡A ver qué cara tienen!... *(Riendo.)* ¡Soy muy curiosa!

ADELA. ¿Y no deseas conocer «al tuyo»?

LOLA. ¿El mío? ¿Mi marido? ¡Pero si no se sabe quién será!

ADELA. Pues por eso.

LOLA. ¿Y cómo es Pedro? ¿No se llama Pedro?

ADELA. Sí; Pedro se llama.

LOLA. ¡Qué nombre tan feo... tan prosaico! ¡Si se llamase Adolfo, o Arturo, o Ernesto! Pero, ¡Pedro!... ¡Quita allá!.... ¿Y es rico?

ADELA. Inmensamente rico.

LOLA. ¡Qué gusto! ¿De modo que Clara podrá gastar mucho?

ADELA. Todo lo que quiera.

LOLA. Así deben ser los maridos. ¿Y es guapo, fino, elegante?

ADELA. No lo sé. No le conozco, y Clara tampoco.

LOLA. Pero, ¿cómo se ha casado Clarita sin conocerle?

ADELA. Ya ves tú... las circunstancias. Te diré, «en reserva», que yo creo que el Marqués tenía prisa en atrapar al millonario. Le daría miedo el morirse sin haber hecho la boda. Así son los padres.

LOLA. De todas maneras, no lo entiendo. Casarse «por poderes», pase; pero «enamorarse por poderes», no sé cómo puede ser. Y casarse sin estar enamorada... he oído decir que es mala cosa. *(Con seriedad cómica.)*

ADELA. Pues se dan casos, y Clara es una hija obediente y cariñosa.

LOLA. No... pues mira... pensándolo bien, «no es tan raro». ¿Te acuerdas de Luisa? Nuestra amiga: aquella morenita tan avispada. Tenía un hermano teniente de Caballería, y ella siempre me estaba hablando de su hermano. Me enseñó un retrato, y yo, con el retrato y lo que Luisa me decía... creo que me enamoré del teniente. *(Con mucha volubilidad.)* Sí... sí... lo comprendo: puede una enamorarse «por poderes».

ADELA. Porque tú eres muy vehemente.

LOLA. !Y Clara más! ¡Clara da miedo! Reconcentrada; pero... Clara... en fin... ya la conoces.

ADELA. Es verdad.

LOLA. ¡Y no viene Clarita! *(Se levanta impaciente y va a las puertas a observar.)* ¡Tengo unos deseos de verla. A ver si con el casamiento «ha cambiado». Yo observo que todas mis amigas, en cuanto se casan, «cambian». Yo, con verlas, conozco en seguida

si se han casado o no. Tienen un no sé qué...

ADELA. Pues me parece que Clarita no habrá cambiado.

LOLA. Mujer, ¿qué cosas dices? Pues si lleva «más de un mes de casada».

ADELA. Pero está casada «por poderes». *(Riendo.)*

LOLA. ¡Qué más da!... Para tener otro aspecto... es lo mismo. Pero, calla... creo que viene... sí, viene... Voy a taparme la cara a ver si me conoce... ¡Ay, Clarita, cuántas cachetinas me tienes dadas!

ESCENA III

ADELA y LOLA; CLARA, por la derecha.

CLARA. Dispensen ustedes... Me han dicho... Pero... ¡Dios mío... si es Adela!...

ADELA. ¡Clarita mía! *(Se abrazan cariñosamente. Lola, a cierta distancia, riendo y tapándose infantilmente la cara con la mano.)*

CLARA. ¡Mujer, qué hermosa estás, pero qué cambiada!

LOLA. ¡Ya lo creo!... Y a mí, ¿no me conoces? ¡A que no me conoces!

CLARA. ¡Toma... también me traes una mascarita!... A ver... a ver. Acércate... Sí... ¡sí te conozco! ¡Lola!... ¡Lolilla!

LOLA. ¡Clarita!... *(Saltándole al cuello.)*

CLARA. ¡Qué alegría tan grande!... ¡Qué buenas sois!... ¡Venir a verme en seguida!... Pero, ¿cómo habéis sabido mi llegada?...

ADELA. Por los periódicos supe que ibas a llegar, y todos los días mandaba un criado a preguntar si habías llegado. ¡Ahí tienes, qué cosa tan fácil!

CLARA. ¡Siempre tan cariñosas, tan moninas!... ¡Mis amigas íntimas, mis inseparables!... Venid, venid... Sentémonos juntas... como en el jardín de la pensión, en las horas de recreo. ¿Os acordáis? Y así juntitas tomábamos nuestra «merienda», como se dice en España: nuestro «gouter», como decíamos allá. *(Se sientan formando un grupo íntimo y poético.)* ¡Qué tiempos aquellos, niñas mías!

LOLA. Pues yo estoy más a gusto fuera de la «pensión»: no me riñen, no me obligan a

estudiar lecciones, y de un día a otro.... *(Se detiene.)*

CLARA. ¿Qué?

ADELA. Acabaré por ella: «de un día a otro, me sale un novio y me caso». *(Se ríen las tres como tres niñas.)*

LOLA. No; si todavía no tengo novio. Desde que salí de la «pensión no he vuelto a tener novio». *(Se echan a reír otra vez.)*

CLARA. Siempre lo mismo: no ha cambiado.

LOLA. Vaya una gracia, como que estoy soltera. Tú sí. *(A Clara.)* Ya lo decía yo. *(Volviéndose a Adela.)* Era preciso. Te encuentro más hermosa *(A Clara.)*; pero más formal, más severa... ¡una inquietud poética... un desasosiego romántico!...

ADELA. La gravedad del nuevo estado. Ya ves tú, ¡una señora casada!

LOLA. A ver... a ver... que te observe despacio. *(A Clara. La mira por todas partes con curiosidad cómica.)* ¡Un poco pálida!... ¡Ojos lánguidos!... ¡Una mezcla de melancolía y de tristeza!... ¡Una tristeza alegre!... ¡Tienes la misma cara que tenías en tiempo de exámenes!... ¡Aquella ansiedad!... ¡Nada, nada... lo mismo que cuando iban a examinarte!... *(Todas se echan a reír; pero Clara un poco avergonzada.)*

ADELA. ¡Qué cosas dice esta Lola!

LOLA. Toma, yo digo la verdad. Yo tengo mucha penetración, por más que digáis vosotras...

ADELA. Pero, criatura *(A Lola.)*, Clara está esperando a su esposo. Está para llegar... y se comprende que esté ansiosa... y conmovida.

LOLA. ¿Pero de veras no le conoces? *(Pausa. Clara se ríe; las otras la observan con afán.)* No mientas: tú no has sido nunca embustera. Altiva, sí; orgullosa, también; mal genio, algunas veces...; buena y leal, siempre...; pero embustera, nunca.

CLARA. La mentira es humillante; me repugna.

LOLA. Bueno, pues entonces me dirás la verdad. ¿Conocías a tu novio... digo, a tu marido?

CLARA. ¡Qué curiosa eres!... Sí; le conocía.

ADELA. No te ruborices, tontina.

LOLA. Ya, ¿para qué?

CLARA. Es decir... le conocía... y no le conocía.

LOLA. ¿Y cómo es eso?

CLARA. Del modo más natural.

LOLA. A ver cómo.

CLARA. Papá me mandó el retrato de Pedro. *(Sonriendo.)*

ADELA. Ya... dices bien; es natural.

LOLA. ¿Que conoces el retrato de tu marido? ¡Qué gracia! Eso no es conocerle.

CLARA. Ya ves tú... ¡papá le debe tanto! Dice que le debe la vida. Pongamos que exagera por bondad; siempre queda que le debe mucho. Y papá hubiera tenido un disgusto tan grande si yo no hubiera consentido... ¡Yo por mi padre lo doy todo: vida, felicidad... todo!

LOLA. Perfectamente.

ADELA. Eso hace una buena hija.

LOLA. Pero precisemos la cuestión. ¿Tú no habías visto nunca a tu futuro hasta que papá te mandó la fotografía de don Pedro?

CLARA. ¡Qué Lola! *(Esquivando la contestación.)*

LOLA. *(Palmoteando.)* Te cogí. A esto has de contestar.

ADELA. Esta Lola es terrible.

LOLA. Cuidado, que tanto se miente con el silencio malicioso como con la mentira descarada. No te me escapas, hipocritilla.

CLARA. *(En un momento de expansión.)* Pues sí... con vosotras no quiero ser reservada. Le había visto antes... *(Se acerca y les habla con misterio; el grupo se estrecha.)* No sabía quién era, no había hablado con él, pero le había visto. ¿Fué presentimiento? ¡Quién sabe! Le vi, y su imagen quedó grabada en mis pupilas para siempre. Cuando recibí el retrato que me mandó mi padre, no tuve más que comparar. «¿Este?...» Y cerré los ojos, y miré dentro de mí, y repetí: «Sí, es éste... es aquél.» Qué alegría: iguales; eran iguales el retrato que me mandaba y el que yo llevaba en el alma. Me hubiera sacrificado por mi padre, pero ya no tuve que sacrificarme: acepté de corazón.

LOLA. ¡Muy bonito! ¡Y muy poético! ¡Y muy novelesco! Así quisiera yo casarme. Que resultara que mi marido era el teniente, hermano de mi amiga.

ADELA. ¡Quién sabe! *(A Lola.)* Pero sigue... sigue... *(A Clara.)*

CLARA. ¡Si lo he dicho todo!

LOLA. Todo no. ¿Dónde le viste? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Cuántas veces? Señor, hay que puntualizar las cosas.

ADELA. Si no es que te molestan nuestras preguntas.

CLARA. ¡Quieres callar! ¡Molestarme vosotras!... Antes de que vinieseis, todo eso lo estaba yo hablando conmigo misma: ¡ahora lo hablaré con mi Adela y mi Lola! *(Con mucho cariño.)*

ADELA. Siempre tan buena y siempre tan franca.

LOLA. Conque ¿dónde le viste?

CLARA. Al salir del teatro... en el vestíbulo; vi un caballero... que me llamó la atención: esta es la verdad.

LOLA. ¿Es muy guapo? ¡Qué gusto si es guapo!... ¡No, lo digo con franqueza; a mí me gusta que los maridos de mis amigas sean guapos! ¡Qué horror, tratar gente fea!

ADELA. Basta, niña, basta.

CLARA. ¿Guapo? No sé... Me parece que sí. Es fino sin afectación; elegante sin exageraciones ridículas; hay en él un no sé qué de energía... Su voz es dulce y cariñosa.

LOLA. ¡Te cogí! ¿No decías que nunca hablaste con él?

ADELA. Tiene razón Lola.

CLARA. No; os dije la verdad: no he hablado con él nunca. Estábamos en el vestíbulo... él hablaba con sus amigos y yo oía su voz.

LOLA. Ponía «la voz dulce» porque sabía que le estabas oyendo... Los hombres son así. ¡Si lo sabré yo!

ADELA. ¿Tú?

LOLA. Sí, yo. Eso hacía siempre el teniente cuando estaba en el «parloir» de la pensión con su hermana. «Querida Luisa», con voz gorda. Entraba yo: «Querida Luisa», con una voz finísima. *(Ella imita las dos entonaciones.)* Pero sigue... sigue... *(A Clara.)*

ADELA. Si no la dejas.

LOLA. Ya me quedé muda.

CLARA. Pues yo le miré... sin querer... Me distraje y se me cayó el pañuelo.

LOLA. Yo también lo «he dejado caer» varias veces. *(Adela y Clara se echan a reír.)*

CLARA. No, hija; poco a poco. Yo «no le dejé caer, se cayó él».

LOLA. Son muy traviesos los pañuelos de las señoritas.

CLARA. Todos los caballeros que estaban cerca se precipitaron para cogerlo. El fué más listo que todos, y me lo presentó respetuosamente, diciendo: «Señorita.» Nada más: no dijo más; os lo juro.

LOLA. ¿Y tú?

CLARA. No sé... no recuerdo... Me parece que me incliné y que me puse muy encendida.

LOLA. ¡Qué cosa tan linda!... Veros dos veces en la vida... y ya casados. La primera: «¡Señorita!» y darte el pañuelo. La segunda: «¡Clara!» y darte los brazos. Porque yo creo que os abrazaréis. ¿Por qué no? Marido y mujer... ¡Ay! Yo quiero estar presente.

ADELA. ¡Por Dios, Lola!

CLARA. ¡Qué cosas dices!

LOLA. ¿Qué tiene de particular lo que digo? Están casado y se encuentran «¡tras larga ausencia!». Tras «larga ausencia» la gente se abraza siempre, y más siendo marido y mujer. Hasta es una obligación. A mí me gusta que se cumplan las obligaciones.

ADELA. Menos en la pensión.

LOLA. Porque era muy niña.

ADELA. Niña... niña sigues siéndolo.

LOLA. *(A Clara.)* ¿Y no le volviste a ver?

CLARA. ¡Lolilla! *(Se ve que excusa el contestar.)*

LOLA. Contesta... contesta.

CLARA. Dos o tres veces a lo sumo.

LOLA. ¿Dónde? ¡Ves tú cómo lo va confesando todo! *(A Adela.)*

CLARA. En paseo: yo iba en coche y él pasaba a caballo.

LOLA. ¿Y monta bien?

CLARA. A mí me parece que sí. ¡Muy gallardo! No dirás que soy hipócrita y reservada.

LOLA. Así me gusta. ¿Y se daba por entendido?

CLARA. Miraba... miraba... como queriendo saludar.

LOLA. ¿Y tú?

CLARA. Mujer... yo me hacía la distraída.

LOLA. ¡Qué ingratitud!

CLARA. Conque ya lo sabéis todo.

LOLA. Todo, no.

CLARA. ¿Pues qué más quieres saber? *(Haciéndole un mimo.)*

LOLA. Si has pensado mucho en él.

CLARA. *(Cada vez más expansiva y animada.)* Sí; he pensado mucho en Pedro. Siempre me parecía que estaba ante mí presentándome el pañuelo. ¿Seré yo tambien niña? Son cosas de arriba: es que Dios me ordenaba que pensase en Pedro; era como si una voz misteriosa me dijese: «Piensa en él, acostúmbrate a quererle; mira que va a ser tu marido.» Y como el trato engendra cariño... con el trato llegué a quererle mucho.

LOLA. ¡Vaya un trato! Así he tratado yo al teniente... es decir, con la imaginación... dos años, y no me muero por él.

ADELA. Es que ésta *(Por Clara.)* tiene mucha imaginación. Cuidado, cuidado; tu cabecita, con ser tan formal, me da más miedo que la de ésta con todas sus locuras.

LOLA. Al fin me haces justicia.

CLARA. *(Pensativa.)* Puede ser que tengáis razón. Sí... estos sueños... esta idea... este vivir en un mundo que no es el mundo de la realidad... que es un mundo que yo me forjo... me da miedo. Por fortuna, mis sueños de ayer... son realidades hoy.

LOLA. ¿Y cómo le dejaste de ver? Quiero saberlo todo, todo. En la novela, y en el drama, y en la vida quiera que todo se explique muy clarito; para eso te llamas Clara. Señor, «rematar las cosas».

CLARA. Pues a los pocos días me llevó mi padre a América y se acabó el caballero del pañuelo. *(Sonriendo.)*

LOLA. Se acabó el personaje real y empezó el personaje soñado. Hay que tener mucho cuidado con esos personajes «de los sueños». Como no tienen ningún defecto... nos enloquecen.

CLARA. ¡Y se acabó mi confesión general!

LOLA. ¡Pues si falta lo más interesante!

CLARA. ¡Por Dios, hija!... Si os lo conté todo, hasta mis más íntimos pensamientos... hasta mis sueños. ¿Qué más quieres, niña?

LOLA. Pues conocer a tu marido, a tu Pedro.

CLARA. Pues te quedas conmigo y le conocerás hoy mismo. Hoy mismo llega: no me han telegrafiado la hora, no sé en qué tren vienen... pero viene hoy con mi padre...

LOLA. Es que quiero conocerle antes de que llegue..

CLARA. ¿Te has vuelto loca?
ADELA. ¡Qué criatura ésta!
LOLA. ¿No te casaste tú «por poderes»? Pues yo quiero conocerle... vamos... «por poderes».
CLARA. No sé cómo, ni te comprendo.
LOLA. ¿Y el retrato? ¿Y el retrato que te mandó tu padre?
CLARA. ¡Ya!
ADELA. Tiene razón. A veces tiene buenas ocurrencias esta chica.
LOLA. Siempre tengo yo razón. ¿Conque nos enseñas el retrato?
CLARA. ¿Por qué no? *(Sin levantarse.)*
LOLA. Pues no te hagas la remolona.
CLARA. Sí... hijas... sí... Os daré gusto. *(Se levanta, va a un mueble y saca el retrato, que es, naturalmente, el retrato de Gastón.)*
LOLA. ¡A ver!
ADELA. ¡A ver! *(Las dos con mucha curiosidad. Le miran, se ríen, hacen monadas; Clara algo avergonzada.)*
LOLA. ¡Muy guapo!... ¡Muy simpático!... ¡Me gusta mucho!... De veras. Has tenido muy buena elección. Es decir, ha tenido buena elección tu padre.
CLARA. *(A Adela.)* ¿Y a ti qué te parece?
ADELA. *(Sin tanto entusiasmo como Lola.)* Todo un caballero... Una figura aristocrática... Una fisonomía inteligente...
CLARA. Todo eso me parece a mí. Ya veis si soy franca.
LOLA. Vamos... ¡que estás loca por él! Confiésalo.
CLARA. *(Entregándose ya.)* Sí, le quiero con toda mi alma. No se aparta de mi pensamiento. Con vosotras no he de fingir. Me parece que a poco que ponga él de su parte, voy a adorarle. ¡Qué deseo de venir a España! ¡Y qué impaciencia en todo el viaje! Sobre la cubierta del buque... en noches de luna clara... y mirando al horizonte... pensaba: «Allí está España; allí está él.» Y me parecía verle, llamándome desde lejos. Mirando el mar «verdoso» me acordaba de sus ojos... que son «verdes» también. Cuando las olas cabrilleaban, sus blancas espumas me parecían «pañuelos de batista» y que él iba a recogerlos, y andando sobre las olas, venía al encuentro del buque a ofrecérmelos: «Señorita.» ¡Y maquinal-

mente me inclinaba hacia fuera! ¡Seré niña!

LOLA. ¡Y dicen que yo soy loca!

CLARA. Tienes razón. No soy una mujer juiciosa. Yo nunca lo he sido mucho, y el sol de América me ha inflamado la imaginación. ¡Esta boda es tan extraña!... ¡Dudo... y espero... y miro el retrato... y quisiera que hablase... a ver si Pedro siente como yo, y piensa como yo, y quiere como yo!

LOLA. ¿Pero no te ha escrito nunca? ¡No puede ser!

CLARA. Me ha escrito unas cuantas cartas; pero siempre por conducto de mi padre, y, según parece, con su «visto bueno» y sus correcciones.

LOLA. Los papás son a veces muy entrometidos.

ADELA. ¡Niña!

CLARA. De modo que el pobre no ha podido escribir con libertad. Cartas muy cariñosas... pero muy contenidas, muy respetuosas. Sí... algún arranque del corazón... Se ve... se ve que me quiere... Pero...

LOLA. ¿Pero qué?

CLARA. Que prefiero ver su retrato... a leer sus cartas.

LOLA. Pues pronto saldremos de dudas y veremos cómo se explica el caballero.

CLARA. ¡Muy pronto! *(Con impaciencia nerviosa.)* Esta noche a más tardar... acaso esta tarde... quién sabe si de un momento a otro. *(Se pasea sin poder dominar su ansiedad.)*

LOLA. Lo comprendo... lo comprendo... Yo también estoy muy nerviosa... y no me he casado... Conque qué sería... ¿Verdad?... *(También se pasea nerviosísima.)*

ADELA. ¡Ay, hijas! Le descomponéis a una los nervios. *(Se levanta y también se pasea. Se pasean las tres, muy nerviosas todas.)*

LOLA. Pero ¿por qué no viene ese hombre? *(Paseándose siempre.)*

CLARA. No sé, hija, no sé. *(Lo mismo.)*

ADELA. Es que a veces los maridos son muy pesados. *(Se ha contagiado al ver a las otras.)*

LOLA. ¡Son irresistibles!... Es decir, deben serlo. Yo no lo sé, a Dios gracias. No... a Dios gracias, tampoco.

CLARA. ¿Cuándo vendrá? ¡Cuándo vendrá!

LOLA. Eso digo yo, ¿cuándo?... Que vengan, que

vengan esos maridos, que nos ponemos nerviosas.

ADELA. Yo creo que no viene nunca.

CLARA. No digas eso. ¡Calla!... *(Deteniéndose.)* ¿No oís?... *(Las otras dos se paran.)*

LOLA. Sí... me parece que sí.

CLARA. Un coche ha entrado en el patio.

LOLA. ¿Será él?

ADELA. ¿Pudiera ser él?

CLARA. *(Nerviosísima.)* ¿Pero comprendéis esto?... ¿Y si es Pedro? ¡Mi marido!... ¡Dios mío, no sé lo que siento! ¡Qué impresión tan profunda!... ¡De veras os lo digo: yo pensé que iba a tener más valor!

ADELA. ¡Te has puesto pálida!... *(Acuden las dos a sostenerla.)*

LOLA. ¡Ya lo creo!... No es para menos. Estar casada «por poderes»... ¡y de pronto «casarse de veras»!... ¡A mí me daba algo!

CLARA. ¿Pero será él?... ¡Si es él, que venga pronto!... ¡Se acercan!... *(Poniendo el oído; las tres forman un grupo.)* ¡Sí!... ¡Ah!...

ESCENA IV

CLARA, ADELA, LOLA y el MARQUES

CLARA. ¡Papá!... ¡Papá mío!... *(Corre a él y se abrazan.)*

MARQ. ¡Mi Clarita!... ¡Mi hija!... ¡La hijita mía!

CLARA. ¡Qué alegría!...

MARQ. ¡Cuánto tiempo!... *(Reparando en Adela y Lola.)* ¡Ah!... Perdonen ustedes... Hace tanto que no veía a mi Clara...

CLARA. *(Haciendo las presentaciones.)* Adela de Velarde... Lola Fuensanta... Dos amigas íntimas...

ADELA. Señor Marqués...

LOLA. Señor Marqués...

MARQ. ¿Y no me pregunstas nada?

CLARA. ¡Papá mío!...

MARQ. ¿No me preguntas por él-

CLARA. ¡Sí... sí pregunto!... *(Abriendo mucho los ojos y mirando con ansia a su padre.)*

MARQ. Pues viene conmigo; tu Pedro viene conmigo. ¿No me comprendes?

CLARA. *(Con profunda emoción.)* Sí te comprendo... ¡Pero no le veo! *(Mirando a la puerta.)* ¿Por qué no viene?

MARQ. Pues ahí está... dentro de dos minutos, aquí. Me he adelantado para prevenirte. Clarita, recíbele muy cariñosa. ¡Si supieras qué miedo trae!... ¡Qué emoción la suya!... Un hombre fuerte como un Hércules, y casi tenemos que sostenerle entre sus amigos y yo.

CLARA. ¿De veras?... *(Sonríe y también ella vacila un tanto y tiene que apoyarse en un mueble.)* ¡Pobre Pedro!... ¡Qué bueno debe ser!

LOLA. ¡También él!... Todos los que se casan se ponen así.

MARQ. Es verdad. ¡Qué graciosa!... *(Se refiere a Lola; la mira sonriendo.)* Así son todos. Pero Pedro más. Los más fuertes son los más débiles en estos lances.

CLARA. ¿Pero no viene?

MARQ. En seguida. Mi coche se adelantó. *(Se acerca al balcón.)*

ADELA. Solemne momento, Clarita.

CLARA. *(Maquinalmente.)* Ya ves tú...

MARQ. ¿Y mi querida hermana? *(Pregunta desde el balcón.)*

CLARA. En su cuarto; llegó muy fatigada la pobre. ¿Pero y Pedro?

MARQ. ¡Gracias a Dios!... Ahí está su coche... Ya baja... *(Viene a buscar a Clara.)* Anímale, Clarita... Estará muy cortado... ¡Es un hombre tan sencillo, tan bueno!... Dale un abrazo.

CLARA. Papá... *(En voz baja.)* (Me da vergüenza.)

MARQ. ¿Por qué? Es tu marido.

LOLA. *(A Adela en voz baja.)* Sí, que le abrace, a ver qué cara ponen los dos. *(Todos están mirando hacia la puerta: con ansiedad unos, otros con curiosidad. Esta entrada de Pedro hay que estudiarla bien.)*

MARQ. Le daría mucha pena si le recibieses ceremoniosamente.

CLARA. *(Prestando oído.)* ¡Ya está ahí!... ¡Es él! *(Vacila visiblemente. Adela y Lola acuden a ella.)*

MARQ. *(Asomándose a la puerta.)* ¡Por aquí... aquí está... aquí está Clara!

CLARA. ¡Dios mío!

ADELA. ¡Animo!
LOLA. ¡Y alegría!
MARQ. Entra, Pedro; entra, que te llama Clara.

ESCENA V

CLARA, ADELA, LOLA y el MARQUES; por el fondo, PEDRO y GASTON. Al presentarse los tres, como Pedro entra con cierta timidez de niño, Gastón viene un poco más avanzado.

CLARA. *(Viendo a Gastón.)* ¡Sí!... ¡El!... ¡Pedro! ¡Al fin!... *(Se adelanta y abraza a Gastón; mejor dicho, cae en sus brazos.)*
PEDRO. ¡Ah!... *(La actitud de Pedro queda encomendada al actor. El actor expresará con su talento la angustia, la sorpresa dolorosa, los celos salvajes, la vergüenza de verse en ridículo, todo lo que el personaje debe sentir. En el Marqués domina el asombro. Gastón sonríe y se deja abrazar. En Adela y Lola, curiosidad natural. Los grupos deben estudiarse con sumo cuidado.)*
CLARA. *(Separándose de Gastón y notando la sorpresa de su padre y la actitud casi trágica de Pedro.)* ¡No comprendo! *(Volviéndose hacia su padre.)* ¿Pero no es mi Pedro?
GASTÓN. *(Inclinándose con galantería un poco burlona.)* Desgraciadamente, no.
PEDRO. ¡El!... ¡Ella!... ¡No!... ¡Calma!... ¡Me ahogo!... *(A media voz, pero trágica.)*
MARQ. *(Procurando dominar la situación y echarlo a broma.)* ¡Pero, hija, por Dios! Se te turbó la vista. *(Disculpándola con los demás.)* ¡Qué chiquilla, qué aturdida está!... Tu marido, tu Pedro... es éste. *(A Clara.)*
CLARA. *(Confundida y sin poder dominar un movimiento repultivo.)* ¡Ah!... ¡Ese!...
PEDRO. Sí... yo... yo soy, Clara. *(Pausa.)*
LOLA. *(En voz baja a Adela.)* (¡Qué chasco!)
ADELA. (¡Silencio!)
PEDRO. ¿Para mí ni siquiera la mano?... ¡Agotado ya todo el cariño!
CLARA. ¡Qué idea! *(Se acerca y le da la mano, pero fríamente.)*
PEDRO. *(En voz baja al Marqués, que se habrá acercado a él.(* (¡Padre... padre... llévese

usted a toda esa gente! ¡No puedo más!... Solo... solo con ella.)

MARQ. ¡Sí, hijo! ¡La pobre está avergonzada! *(En voz alta.)* Pues ahora... si ustedes me dispensan este honor, les presentaré a mi hermana, que está allá dentro. Llegó tan fatigada, que no ha podido salir de sus habitaciones; pero tendrá sumo gusto en recibir a ustedes.

ADELA. Será un placer para nosotras.

GASTÓN. Y para mí un honor.

LOLA. *(A Adela.)* (Yo más a gusto me quedaría aquí.)

ADELA. (Calla, niña.)

MARQ. Pasen ustedes... o si no, yo les enseñaré el camino. *(Salen por la derecha.)*

ESCENA VI

CLARA y PEDRO

CLARA. *(Pausa. Aparte.)* (¡Sola, sola con él... y no es él! ¡Esto es un sueño, una pesadilla! ¡Qué burla infame es esta! ¡Ese hombre... ese hombre mi marido!... ¡Imposible... imposible!) *(Se miran los dos desde cierta distancia. La escena queda encomendada a los actores. Hay «mucho que hacer»; los actores lo adivinarán.)*

PEDRO. *(En esta escena su acento toma todos los matices: timidez, miedo, dulzura, desesperación, rabia, grosería, todo.)* ¿Me tiene usted miedo?... No... no es esto. *(Con rabia de sí mismo.)* ¿Me tienes miedo?... Así, así... Eres mía, y te puedo hablar de este modo. ¿Me tienes miedo, Clara? *(Va a acercarse; ella retrocede.)*

CLARA. Miedo... miedo, no. ¿Por qué?

PEDRO. ¿Pues por qué te alejas de mí? ¡Yo soy el único hombre que tiene derecho para acercarse a Clara: el único, el único!... Los demás, no. ¡Gastón, tampoco! *(Con ira contenida, o como el actor crea; en adelante suprimiré casi todas las acotaciones, entregando la interpretación de los sentimientos al actor.)*

CLARA. ¿Gastón?... ¿Quién es Gastón?

PEDRO. Ese... ese... ¿No lo sabías? Ese a quien has confundido conmigo. ¡Ese a quien

has ceñido los brazos!... ¡No, Clara, no hagas eso! ¡No, por Dios!... *(Avanza unos pasos; ella retrocede.)*

CLARA. No lo sabía. No sabía su nombre. ¡Yo no sé nada, yo no comprendo nada! *(Con desesperación más o menos contenida.)* Perdone usted.

PEDRO. No lo digas así: «Perdone usted.» ¡Ah, el tono ceremonioso! Has de decir: «Perdona, Pedro.» ¡No, tampoco; nunca! ¿Tú decirme «que te perdone»? No; ¡«perdón»! ¡Palabra maldita en boca de una mujer! «Perdón, supone culpa». ¡Clara... Clara... haría yo tales cosas si tuviera que perdonarte, que no habría modo de que nos perdonase Dios, por muy misericordioso que quisiera ser!

CLARA. ¿Pero qué dice, qué dice este hombre? ¿Qué dice usted?... No... no... ya lo sé... ya sé que no es de este modo... ¿Qué dices?... *(Está aterrada.)*

PEDRO. Pero si estás temblando... si no me dejas acercar... si apenas he tocado tu mano... ¡Y en cambio... él... Gastón... ante mí... te ha tenido en sus brazos!... ¡No, peor, peor mil veces: tú le has ceñido los tuyos! ¡Sin titubear, con apresuramiento amoroso, con ceguedades de ansia, con desmayos de placer, con palideces de amor!... ¡Si lo he visto... si lo he visto!... ¡Y no he hecho nada!... ¡El asombro y el estupor me han quitado la fuerza y el pensamiento! Y no os he cogido entre mis brazos cuando estabas en los suyos, y no os he hecho pedazos! ¡Sí!... ¡Coger!... ¡Ahogar!... ¡Despedazar!... ¡Pedazos!... ¡Trizas!... ¡Jirones!

CLARA. *(Retrocediendo.)* ¡No... por Dios, por Dios! ¿Qué culpa hay en mí? Creí que era usted... que eras tú. Y verdaderamente yo no comprendo nada de lo que nos pasa. Ni comprendo mi error... ni es justo su enojo de usted... *(Corrigiéndose.)* tu enojo. ¡No es justo! Confiese usted... no... confiesa que no es justo. No sé lo que digo; tengo miedo; la verdad, tengo miedo.

PEDRO. Tienes razón. No me conoces. Debes creer que soy una fiera. Un hombre brutal, repugnante. Si comprendo lo que pasa por ti. Debes tenerme miedo; debes odiarme

casi... No; odiarme, no, Clara: no lo merezco. Todavía no merezco tu amor; pero tu odio, tampoco... Y lentamente, a fuerza de cariño, de dulzura, de amor... tú me irás queriendo. ¡Yo por ti... soy capaz de todo... de todo!... Espera... ten calma... ten confianza... no me tengas miedo... Si eres mía, ¿por qué has de huir de mí?

CLARA. Ya estoy tranquila. *(No lo está.)* No huyo. *(La verdad es que retrocede a medida que Pedro se acerca.)* Pero es preciso explicar esto... esto que ha sucedido... Tú eres otro... tú has cambiado... yo no te conocía... yo me había acostumbrado a otra idea... esto es: ¡a otra idea!... ¡a otro hombre!

PEDRO. ¡A otro hombre!... ¡Condenación!... ¡Clara!... *(Con voz terrible.)* ¡Clara!... ¡Ves tú... ves tú... no sabes lo que dices... hay palabras que pueden costar la vida!... ¡Si la vida no es nada: está pendiente de un hilo, de un aliento... una palabra, y la muerte! ¡Por Dios vivo, Clara, piensa lo que dices! ¡Piensa lo que dices o me volveré loco!

CLARA. Pues no diré nada. Si tú no quieres... no diré nada.

PEDRO. *(Procurando dominarse.)* No, eso no. Hablemos; calma, pero hablemos.

CLARA. ¿Sin enojarte?

PEDRO. Sin enojarme.

CLARA. Pues bien... por qué... ¿por qué ha sido «esto»? ¿Por qué ha sucedido «esto»?

PEDRO. ¿El qué?

CLARA. Este cambio grotesco, esta burla infame, esta sorpresa horrible. *(Dice esto sin poder contenerse: deja hablar al corazón.)*

PEDRO. ¿Es decir, que es cosa grotesca, infame, horrible, según tú, que yo sea tu marido y no Gastón? Repítelo. ¡No; no lo repitas!

CLARA. No he querido decir eso. ¡Por Dios Santo! ¿Lo estás viendo? ¡Otra vez se te encienden los ojos, y te tiembla la voz, y se te crispan los dedos!... *(Retrocede espantada.)*

PEDRO. Es verdad... yo me contendré. *(Dominándose con un esfuerzo supremo.)*

CLARA. *(Siente que le domina y abusa instintivamente de su fuerza.)* ¡Así... así... con tran-

quilidad... sin violencias, que son injustas; yo lo digo, «injustas»!

PEDRO. ¡¡¡Repugnantes!!! ¡Injustas!... *(Con ira reconcentrada.)*

CLARA. *(Con altivez, ya se va atreviendo con Pedro, aunque a veces vuelve a tenerle miedo; pero el instinto de mujer la sostiene: adivina que puede dominar a Pedro, o al menos comienza a creerlo.)* Sí, yo no miento; mi dignidad no se rebaja hasta la mentira. Sé que no hay culpa en mí, ¿pues por qué he de humillarme?

PEDRO. *(La admira; la contempla con admiración. Aparte.)* (¡Qué hermosa! ¡Qué noble!... ¡Aunque me cueste la vida ha de quererme!) Pues habla.

CLARA. ¿Yo? ¿Para qué? Yo no sé nada. En todo caso pregunta; responderé como si me preguntase Dios.

PEDRO. Gracias, Clara; tu mano.

CLARA. No; todavía, no. Antes de darte mi mano quiero saber si es la mano de un hombre de honor la que voy a estrechar. *(Ya empieza a busar de su fuerza.)*

PEDRO. ¡Clara!... *(Avanza con ira.)* ¡No!... Me contengo, me contengo. Si no creyese que tienes razón, ¡ay de ti y ay de mí!... Pero por ahora me contengo. Sigue. *(Quiso arrojarse sobre Clara, pero se dominó. Clara retrocedió con nuevo espanto.)*

CLARA. Pregunta.

PEDRO. Sea... pero deja, deja que me domine. ¡Las sienes me saltan! ¡Mis ideas se confunden!... Debo estar muy pálido, ¿verdad?... No temas, yo me contendré... Dicen mis amigos que a veces soy una fiera; no temas: contigo, aunque sea fiera, siempre seré fiera enjaulada... Clara... Clara... *(Clara le mira con curiosidad.)* Ves... ya estoy sosegado... Mis iras pasan pronto... Ante ti... caen al suelo y se arrastran y te lamen los pies. Sigamos... sigamos. Oye... ¿por qué al entrar ese hombre...?

CLARA. ¿Quién?

PEDRO. Gastón.

CLARA. ¡Siempre Gastón!

PEDRO. Así se llama.

CLARA. Bueno, ¿qué más da? Pregunta lo que ibas a preguntarme.

PEDRO. ¿Por qué al entrar Gastón «te fuiste a él y le ceñiste los brazos»?

CLARA. Porque pensé que eras tú... que era mi esposo: el esposo que me han dado.

PEDRO. ¿Y por qué lo creíste?

CLARA. Porque Gastón...

PEDRO. *(Con estallido de ira y de amenaza.)* ¡No pronuncies ese nombre!

CLARA. ¿Pues no dices que es el suyo?

PEDRO. Es verdad. Acaba.

CLARA. Pensé que... aquel hombre... era mi marido, porque Gastón es igual al retrato.

PEDRO. ¿A qué retrato?

CLARA. Al que me mandó mi padre.

PEDRO. ¿Al mío?... ¡Pero, desdichada, has perdido la razón!

CLARA. ¡Sí... creo que la he perdido!... Aquel retrato, ¿me lo mandó mi padre... mi propio padre?...

PEDRO. Sí, el; yo lo vi.

CLARA. ¿Y mi padre pudo engañarme, escarnecerme... pero escarnecerme horriblemente? ¿Pudo jugar con los afectos más sagrados del corazón? ¿Pudo decirme: «Ama a ese hombre, ámale; es tu esposo; acostúmbrate a quererle...»? ¿Pudo hacer todo esto mi padre?... No, no es posible... ¡Pues entonces es que ha perdido la razón!

PEDRO. ¿Dónde está ese retrato?... El que te mandó tu padre... mi retrato, como tú dices; ¿dónde está?

CLARA. *(Tomándolo de la mesa en que le dejaron antes.)* Toma... míralo... es él... no eres tú... y mi padre me lijo que eras tú... y él mismo puso el retrato en la carta... ¿no es verdad?

PEDRO. ¡No!... *(Asaltado por el recuerdo.)* ¡El, no... Gastón!... ¡Dame!... ¡Sí... él... villano!... ¡villano!... ¡Gastón!... ¡Gastón!... *(Corriendo a la puerta de la derecha y llamando a gritos.)* Aquí... aquí...

CLARA. Pero, ¿qué se propone?... ¿Por qué le llama?...

PEDRO. ¡Gastón!... ¡Gastón!

CLARA. ¡Dios mío!... ¡Padre!... ¡padre!

ESCENA VII

PEDRO, CLARA, GASTON y el MARQUES. Cuando parezca oportuno pueden aparecer en una de las puertas, observando tras la cortina, Adela y Lola.

MARQ. ¿Qué quieres, hija mía? ¿Por qué me llamabas de ese modo?

CLARA. ¡Padre... padre de mi alma! *(Se abraza a él llorando. Pedro y Gastón se miran fijamente, cada uno expresará lo que debe expresar; sólo diremos que la sonrisa de Gastón es siempre fría y burlona, sin exageración.)*

GASTÓN. *(A Pedro.)* ¿Me llamabas?

PEDRO. Sí.

GASTÓN. ¿Para qué?

PEDRO. Para decirte una cosa.

GASTÓN. ¿Y cuál es?

PEDRO. Esta: que tú «escamoteaste» mi retrato y mandaste el tuyo a Clara.

GASTÓN. *(Fingiendo sorpresa, pero siempre con un matiz de ironía.)* ¿Que yo...? ¿Dices, que yo? A ver... *(Tomando el retrato que Pedro conservaba en sus manos.)* Sí... el mío... ¿Y yo lo he mandado?

PEDRO. Sí.

MARQ. ¿Eso hizo?... ¡Ah!...

PEDRO. Sí.

GASTÓN. Dios mío... una equivocación... un error... una confusión de retratos... un aturdimiento que deploro. *(Inclinándose ante Clara.)*

PEDRO. ¿Le llamas aturdimiento?

GASTÓN. ¿Qué otro nombre puede tener?

PEDRO. ¡Villanía!

GASTÓN. ¡Pedro!

PEDRO. ¡Villanía como tuya! ¡Ruin, mezquina, venenosa!

GASTÓN. Otra persona que tuviera ciertas condiciones sociales de que tú careces, no daría esa importancia tragicómica a un suceso que ninguna importancia tiene, y sería el primero que se riese del gracioso «quid pro quo».

PEDRO. Yo también río. Pero como soy hombre

grosero y brutal; como desconozco o no quiero respetar ciertas conveniencias sociales; como yo no tolero que del momento más feliz de mi vida hayas hecho escarnio: como yo no sufro que ni por sorpresa y escamoteo hayas tenido en tus brazos a Clara... yo también me río, pero brutalmente, y me río pensando en que te voy a llamar «miserable», «canalla», «cobarde»... Sí, cobarde, que no te atreves a confesar lo que has hecho. Dos veces te he llamado cobarde... ¿Acudo a la tercera? *(Avanzando sobre él.)*

GASTÓN. No es necesario. Tendrás noticias mías.

CLARA. ¡Ay, padre mío! *(Abrazándose a él, después de oír con toda su alma lo que se dicen.)*

PEDRO. Tendré noticias tuyas, ¿cuándo?

GASTÓN. Muy pronto.

PEDRO. Por pronto que sea, se me hará tarde. *(Estúdiese el cuadro final. Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Sin embargo, advertiremos que esta decoración debe tener: A la izquierda del actor, una o dos puertas, comunicando con las habitaciones de Clara. A la derecha, un balcón, que se supone que da al jardín; cuando se abre entra la luz espléndida del sol naciente; el balcón, en primer término. En segundo término, una puerta, que se supone que comunica con las habitaciones del Marqués. Es de noche todavía: las últimas horas de la noche; el día está próximo; el balcón está cerrado. Un candelabro con luces.

ESCENA PRIMERA

ADELA; después el MARQUES. Adela, aplicando el oído a la puerta de la derecha. El Marqués entra por la puerta de la izquierda.

MARQ. Adela...

ADELA. *(Volviéndose.)* ¡Ah!... Señor Marqués. *(Vienen los dos al primer término.)*

MARQ. Perdone usted. Acaso la trato con demasiada confianza. Pero es que aunque hace pocas horas que la conozco, es usted para mí como una amiga leal de muchos años.

ADELA. La confianza de usted me honra y me complace, don Anselmo.

MARQ. Así... bien dicho: nada de Marqués.

ADELA. Es usted muy bueno.

MARQ. ¿Quién le gana a usted en bondad? Ya se conoce que quiere usted mucho a mi Clara. No ha consentido usted en separarse de ella desde el suceso tristísimo de esta tarde. Con ella ha pasado usted la noche como si fuese su hermana. Gracias, Adela, gracias. *(Le da la mano afectuosamente.)*

ADELA. Estaba la pobre Clarita tan afectada, tan acongojada... que me dió miedo. ¡Es una sensitiva! ¡No sabe usted qué noche ha pasado! Ha tenido fiebre, pero no ha querido

que se le llamase a usted. ¡Toda la noche llorando!

MARQ. ¿Y ahora?

ADELA. Ahora se quedó un poco más tranquila y me parece que duerme. Por eso me salí un momento a esta sala. ¿Es muy tarde, don Anselmo?

MARQ. Está amaneciendo. *(Va al balcón y le entreabre.)* Pero aún no es de día. No tardará mucho. *(Vuelve a cerrar el balcón.)*

ADELA. ¿Y usted tampoco ha dormido nada?

MARQ. Bueno estoy yo para dormir, con lo que ha sucedido... y «lo que va a suceder».

ADELA. *(Con interés.)* ¿Teme usted algo?... Acaso el disgusto de esta tarde...

MARQ. Tendrá consecuencias tristes. Sí, señora, muy tristes. Tal vez en cuanto amanezca del todo... se batirán Pedro y Gastón. ¿Y quería usted que yo durmiese?

ADELA. ¿Pero no se ha podido evitar... no se puede evitar todavía?

MARQ. No les conoce usted a ninguno de los dos. ¡Sobre todo a ese Gastón, que tiene la sangre más venenosa!...

ADELA. Pero, don Anselmo, ¿es posible que por una equivocación, por un suceso que más tiene de cómico que de dramático, y del cual todos debiéramos reírnos, expongan su vida dos hombres?

MARQ. En la apariencia tiene usted razón; pero en la vida, a veces, bajo la comedia más regocijada, late la más desconsoladora tragedia.

ADELA. Sin embargo... dos amigos, dos amigos íntimos... y sin ningún motivo en que realmente esté empeñada la honra...

MARQ. Si ya le digo a usted que tiene usted razón... pero no la tiene usted.

ADELA. ¿Cómo es eso?

MARQ. No conoce usted a Gastón.

ADELA. No le conozco, es verdad. Y hablando francamente, no me ha sido simpático. Muy buen tono, pero un alma muy fría.

MARQ. ¡Ah! Tiene usted buen instinto. Es un miserable, un libertino, un hombre sin conciencia y sin verdaderos afectos.

ADELA. ¿Y de un hombre así era amigo el señor de Vargas?

MARQ. ¿Qué quiere usted? Pedro es un niño. Un

niño muy grande, pero sin más malicia que un chiquitín de cinco años. Hasta ahora no ha comprendido que Gastón le ha odiado siempre.

ADELA. ¿Y esa «casualidad»... o esa «burla» del cambio de retratos?...

MARQ. «Intencionada»: sí, señora. Lo sé por Luis, un amigo de Pedro y de Gastón... a quien he ido a ver esta tarde después del suceso. Me lo ha contado todo.

ADELA. ¡Qué indignidad!

MARQ. ¡Una indignidad! Por supuesto, que Luis quiso prevenirnos; pero Gastón le aseguró que ya tenía Clara el verdadero retrato de Pedro. Además, Luis ignoraba que llegásemos hoy. En fin, Adela, que Gastón es un malvado.

ADELA. Lo creo, don Anselmo.

MARQ. Puede usted creerlo.

ADELA. ¿Y ese lance?...

MARQ. He hecho cuanto he podido para evitarlo; pero los dos son jóvenes, valientes, con poco juicio y mucho rencor, y se batirán. ¡Estoy muerto, Adela, estoy muerto! Mi pobre Pedro, tan noble, tan honradote, que podía hacer tan feliz a mi hija... y ese Gastón, que es un espadachín formidable... ¡Válgame Dios, qué desgracia!

ADELA. ¿Y dice usted que se baten...?

MARQ. *(Con desaliento.)* Al romper el día; abajo, en el jardín próximo o en el invernadero. A espada.

ADELA. ¿Y usted lo consiente?

MARQ. Por desgracia, no necesitan mi consentimiento. Y oiga usted, siendo el jardín del hotel inmediato el sitio escogido, les tengo a los dos a mi alcance hasta el último momento. Hablaré con Pedro... hablaré con Gastón... a ver si consigo convencerles.

ADELA. ¡Pero si no hay motivo!

MARQ. No nos hagamos ilusiones: hay motivo, y muy grave. ¡Se odian!... Con los afectos profundos del alma no se juega, y Gastón escarneció el amor de Pedro. Gastón no es hombre que tolera insultos... y Pedro le insultó. ¿Quiere usted más?

ADELA. Es verdad...

MARQ. Creo que viene Clara... *(Acercándose a la*

puerta de la derecha.) ¡Pobre hija mía!... ¿Sabe algo de este conflicto?

ADELA. ¡No... no sabe nada! Déjeme usted con ella.

MARQ. Gracias, Adela. Yo con aquellas fieras... Usted con esa niña.

ADELA. Quizá esa niña es más peligrosa que aquellas fieras. En fin... yo me entiendo.

MARQ. Y yo también. Hasta luego...

ADELA. Hasta luego, don Anselmo. *(Sale don Anselmo por la izquierda.)*

ESCENA II

ADELA y CLARA, por la izquierda.

ADELA. *(Con mucho cariño.)* ¿Pero qué es eso, Clarita? ¿Por qué no descansas un poco? ¿Por qué no duermes? Es muy temprano.

CLARA. No puedo dormir. En cuanto cierro los ojos veo aquella escena ridícula ante mí. No hay nada más trágico, a veces, que lo ridículo. Y luego Pedro... mi marido... porque hay que hacerse cargo de que es «mi marido», el hombre a quien estoy unida para siempre... ¡Pedro, brutal, violento, una especie de fiera!... ¡Sí, será bueno, generoso, todo lo que quieras; pero estar temblando siempre ante él...! ¡Qué vida me espera!... ¡No, no me resigno!

ADELA. ¿De quién es la culpa?

CLARA. Mía no lo es. *(Protestando.)* Me dijeron: ese es el hombre a quien has de querer, y sumisa como una niña puse toda mi alma y toda mi vida en el empeño de quererle. Hija «más obediente», ¿dónde la encuentras? No, la culpa no es mía, no es mía.

ADELA. ¿Pues de quién? ¿De Pedro?

CLARA. No, no soy tan injusta. El ridículo y la desdicha ha caído sobre los dos. *(Empieza Clara por graduaciones muy tenues a hacer justicia a Pedro.)*

ADELA. Entonces la culpa, ¿será de tu padre?

CLARA. ¡Pobre padre mío! Ahora mismo sufrirá tanto como yo.

ADELA. Pues vuelvo a repetir mi pregunta... ¿de quién es la culpa?

CLARA. No lo sé.

ADELA. *(Con energía y acercándose a Clara: sospecha que Clara ama a Gastón, y quiere*

salvarla.) Yo, sí; de ese hombre: de Gastón.

CLARA. Es preciso no ser injustos: ya le oíste. Fué «un error», no una «burla».

ADELA. ¿Y si hubiera sido una burla?

CLARA. Hubiera sido una burla de «muy mal gusto».

ADELA. ¡Qué blandamente le juzgas! ¿Nada más?

CLARA. Una impertinencia, una falta de tacto, un escamoteo poco digno. *(Lo va confesando, pero con trabajo: todavía defiende a Gastón.)* Pero tampoco hay que exagerar las cosas. Después de todo, yo no creo que haya sido «un crimen horrendo».

ADELA. Lo ha sido. Porque esa broma tan mansa puede matar tu felicidad y la de Pedro.

CLARA. ¡Dios mío, qué empeño en mirarlo todo por el lado dramático! Gastón tenía razón. Un hombre de mundo, de educación más escogida que lo es la de mi esposo, hubiera sido el primero en reírse de un suceso que sólo a la risa se presta.

ADELA. No te reíste tú, Clara. Es preciso que esas justa.

CLARA. Yo, no... pero Pedro...

ADELA. Lo que para ti es angustia y quizá desesperación, no puede ser alegría para tu marido.

CLARA. Pero yo me contuve en los límites de las

CLARA. Pero me contuve en los límites de las conveniencias sociales, y no insulté a Gastón.

ADELA. No sólo no le insultaste entonces, sino que ahora «le defiendes». *(Con ironía y tristeza; ve que la ilusión por Gastón está muy arraigada.)*

CLARA. Si en él no hubo más que error, ¿por qué no he de defenderle?

ADELA. ¿Y si fué malicia infame? ¿Y si él pensó esto? «Clara es ardiente, apasionada... En mi retrato se acostumbrará a verme; pondrá empeño en amarme, creyendo que soy su prometido: me amará al fin... Y cuando Pedro se presente, el corazón de su esposa estará ocupado todo él con mi propia imagen. Después, dejemos al tiempo...» ¿Y si pensó esto?

CLARA. ¡No tanto! ¡No tanta maldad! ¡Dios mío, qué afán de mancharlo todo!

ADELA. No es fácil manchar la conciencia de Gastón.

CLARA. Pero calumniarle es fácil.

ADELA. ¡Clara!... ¡Pobre Clara!... ¡Me das miedo!... Soy leal, Clara; sé leal conmigo. Gastón ha conseguido su objeto: «le amas». *(Con energía dolorosa.)*

CLARA. ¡Adela!... ¡Adela!... *(Protestando con energía también.)* Sí; le «quise», pero fué cuando pensé que mi honra era compatible con mi amor; más aún: ¡que para ser honrada debía amarle mucho!... Pero aquello... aquello... «pasó».

ADELA. ¡Ojalá!

CLARA. ¡Es que supones... es que imaginas!... Adela... Adela... ¡por Dios!

ADELA. *(Luchando noble y desesperadamente.)* No basta que dejes de querer a Gastón o que lo digas. Es preciso que le desprecies, que le odies: lo merece. No basta que respetes la honra de Pedro. Es preciso que le ames: lo merece.

CLARA. *(También defiende desesperadamente su ilusión.)* ¡Oh! Dios mío, ¡qué cosas dices! La voluntad manda; el deber se cumple; pero con el corazón no se juega. *(En todo esto una mezcla de ironía y de desesperación.)* Me decís: «Te mando que quieras «a éste» con toda tu alma.» Y yo respondo: «Bueno, ya le quiero.» Y vosotros: «Pues ahora te ordeno que le odies con todos tus odios. Que aquí te traigo «otro» hombre, a quien nunca has visto, y has de adorarle.» ¡Bien está!... ¡Bien está!... ¡Ah! Quito amores, pongo odios; quito indiferencias, pongo amores; como si el pecho fuese un tablero de ajedrez y se mudasen en él de casilla ilusiones y deseos, odios y repugnancias, lágrimas y risas, luces y sombras a vuestro capricho, a modo de peones inertes; ¡como si yo no tuviese un alma y un corazón!

ADELA. No sé qué decirte: me das miedo.

CLARA. *(Conteniéndose, con voz débil y ocultándose el rostro.)* Y a mí también me da miedo de mí misma.

ADELA. Perdóname... perdóname... *(Abrazándola y haciéndola cariños.)*

CLARA. No, si haces bien; si yo haría lo mismo. Te portas como una buena amiga y como una mujer honrada. Procuras mi felicidad como mi padre, como todos. Gastón...

ADELA. ¡Es un miserable!... ¡Un miserable!... ¡Todo lo que te dijo Pedro!... ¡Créeme!... ¡Créeme, por Dios!

CLARA. Sí, ya lo sé. Ahora es preciso acumular sobre Gastón todas las bajezas, todas las iniquidades, para que yo le desprecie y le aborrezca. Si es justo, si es moral lo que haces. Pero, Adela, la intención es conocida, y la exageración salta a los ojos. Y yo no mando en mis afectos: quiero, porque quiero; odio, porque odio; desprecio, porque desprecio.

ADELA. ¡Por Dios, Clara!...

CLARA. Bueno, hija, convencidísima. Gastón es un malvado. Pedro, un angelote.

ADELA. ¡Ah! Si pudieras tratar a Gastón ocho días... con tu talento y tu buen sentido... ¡qué pronto llegaría el desengaño!

CLARA. *(Con energía.)* Si Pedro hubiera sido otro hombre, eso hubiera hecho. Los afectos y las ilusiones no se matan con gritos, con amenazas ni con violencias.

ADELA. Si Pedro te hubiese amado menos, eso hubiera hecho.

CLARA. ¿Tanto me ama? ¿Desde cuándo? *(Con ironía.)*

ADELA. Eso no lo sé: él te lo dirá.

CLARA. Será preciso que tengamos una explicación franca y leal. Quiero que él me conozca y quiero conocerle yo.

ADELA. *(Mirando al fondo.)* Pues creo que viene.

CLARA. *(Sin poder dominar su repugnancia o su miedo.)* No... ahora no; más tarde.

ADELA. Pues entra en tu cuarto.

CLARA. Tampoco; entrará él. ¿Crees tú que hay respetos que contengan a ese hombre, todo pasión, todo violencia? No, ven; detrás de esa cortina nos podemos ocultar. A ver lo que hace.

ADELA. Como tú quieras. Le creo tan noble, que con observarle, sin que él lo sepa, nada perderá.

CLARA. Veremos... me inspira miedo... pero también curiosidad. *(Se ocultan las dos detrás del tapiz o de las cortinas de la segunda parte de la izquierda. La escena precedente es muy importante y hay que estudiarla con cuidado, porque en ella se va a preparar «la transformación de Clara». Empieza*

Gastón, aunque ella no lo confiese, a inspirarle dudas; empieza Pedro a inspirarle curiosidad; son matices muy sutiles que el talento de la actriz podrá hacer valer.)

ESCENA III

CLARA y ADELA, ocultas detrás del cortinaje; el público lo sabe y aun puede verlas en algún momento o constantemente, según convenga. PEDRO, entrando por el fondo.

PEDRO. No se habrá levantado todavía: es muy temprano. *(Pausa.)* Para mí, yo no sé si amanecerá alguna vez. Me parece que se me prepara una noche muy larga. *(Se aproxima lentamente y con profunda emoción a la primera puerta de la izquierda, que es la del cuarto de Clara. Toda esta escena, que en gran parte es «escena muda», queda encomendada al actor.)* Quisiera verla... y no me atrevo. Dice que soy una fiera. ¡Qué mansa es esta fiera! *(Se detiene vacilante y pensativo.)*

CLARA. *(Cuando hablen ellas dos, siempre en voz baja.)* ¿Le oyes lo que dice?

ADELA. No.

PEDRO. ¡Quién sabe lo que podrá suceder!... ¡Si no la viera más! No; es preciso que ella sepa ¡cuánto la he querido!... Es preciso que no me desprecie... ¡Primero el desprecio y luego el olvido!... Morir con esta idea sería la condenación eterna.

ADELA. *(A Clara.)* No se atreve a entrar.

CLARA. No le oigo.

PEDRO. *(Alzando la voz.)* Soy su marido... es mía... tengo derecho a romper esa puerta... y obligar a Clara a que me oiga... ¡Es su obligación oírme!... Cumplamos todos nuestra obligación.

CLARA. *(A Adela.)* Ahora sí le oigo: la violencia, la amenaza, como antes, como siempre. *(Pedro se precipita a la puerta; va a forzarla, pero se detiene.)*

ADELA. Pues sin embargo se detiene. ¿No ves? Ni a llamar se atreve.

PEDRO. *(Retrocediendo, con desaliento y tristeza.)* ¿Qué conseguiría? Si pudiera uno hacer presa en las almas como se hace presa en los cuerpos: coger su «alma», apretarla

contra «la mía», infundirla todo el amor que tengo, entonces, bueno. Pero esto no es posible: las almas no son palpables; la fuerza no sirve contra ellas. Si una chispa de fuego se acerca a un combustible, con ser éste ruin materia, en él prende y pronto lo convierte en hoguera. Y mi alma es toda llamaradas, y el alma de Clara es toda hielo, y me acercaría a ella, y la apretaría contra mí... y su alma seguiría siendo hielo... Nada puedo... nada puedo... si ella no «quiere quererme»... ¡nada puedo!

ADELA. ¿Entiendes algo?

CLARA. De un modo vago: medias palabras; alguna exclamación; no sé lo que dice.

PEDRO. ¿Y si pierdo la vida en ese lance? ¿Y si queda vivo Gastón? ¡Entonces queda Clara sin defensa en poder de ese malvado! No... no... es preciso que yo la vea... ¡Pero si me rechaza siempre... si no me quiere... si me desprecia!... ¡Clara... Clara!... ¡No me conoces, no me conoces! *(Se deja caer en una silla y oculta el rostro entre las manos: llora.)*

ADELA. ¿Tampoco le has oído ahora?

CLARA. No.

ADELA. Mira... mira... ese hombre tan violento, tan amenazador... está llorando.

CLARA. No lo sé. Tiene la cabeza entre las manos, pero no sé si llora. Me parece difícil que Pedro llore por mí. No lo niego: digo que no lo sé. He aprendido a no creer en ilusiones.

PEDRO. *(Levantándose con ímpetu.)* ¡Ea!... ¡Es preciso!... ¡Cobardía estúpida!... *(Se acerca resuelto a la puerta; luego se detiene; esto varias veces, graduadas, como resulte mejor. Es una escena muda que el actor interpretará como crea oportuno.)* ¡No! No me atrevo... no me atrevo... no me atrevo... *(Sale por el fondo desesperado.)*

ESCENA IV

CLARA y ADELA vienen al primer término.

ADELA. ¿Y qué?

CLARA. Nada.

ADELA. Ante tu puerta se ha detenido, y eres suya, suya. No es el hombre brutal que decías.

CLARA. Qué pronto absuelves a Pedro y qué pronto condenas...

ADELA. ¿A quién?... ¿A Gastón?

CLARA. A nadie... No sé lo que iba a decir... No es justo lo que iba a decir. La verdad es que mi cabeza no está muy segura. Siento angustia y fatiga y falta de respiración. Aire... necesito aire... *(Va al balcón y lo abre; entra la luz de la madrugada.)* Ya amanece; el vientecillo de la mañana me calmará un poco. *(Pausa.)* ¡Qué hermoso está el oriente! ¡Qué hermoso está el jardín! Apaga esas luces. *(A Adela.)* Haz el favor. La luz del día y la luz artificial forman un contraste que me hace daño. ¡La verdad y la mentira frente a frente! ¡Frente a frente y compitiendo!... Y a veces brilla más la mentira que la verdad... ¡lo artificial que lo verdadero! Apaga, Adela, apaga. Es una ofensa a Dios mandar al sol de los cielos que nace los rayos miserables de unas lamparillas de salón. *(Adela apaga las luces; el salón queda alumbrado por el sol naciente, que va aumentando la intensidad hasta el fin del acto.)*

ADELA. Tú lo has dicho: a veces la mentira brilla más que la verdad.

CLARA. *(Riendo irónicamente, pero con risa forzada.)* ¡Ay, qué Adela ésta! ¡De todo saca partido! Sí, ya lo comprendo. ¡El amor de Pedro es el sol que nace! ¡El amor de Gastón, la lucecilla de salón!... ¿No era esa tu idea?...

ADELA. No finjas ironías que no sientes para ocultar dudas y angustias que te oprimen.

CLARA. ¡Es verdad!... ¡Es verdad, Adela! *(Se abrazan.)*

ADELA. Ven a tu cuarto, ¿por qué no duermes?

CLARA. No; quiero estar aquí un rato. El fresco de la mañana me consuela. Al abrir este balcón parece que se me ha metido en el alma un rayo de sol.

ADELA. Como quieras. *(Pausa; las dos miran al jardín; va aumentando la claridad.)*

CLARA. Pero, ¡calla!... ¿Qué es aquello?... ¿No ves?... ¡Tres caballeros en ese jardín!... ¡A estas horas!... ¿Qué significa esto? *(A Adela.)*

ADELA. No sé... qué importa... ven... *(Quiere sepa-*

rarla del balcón, pero Clara se resiste.)

CLARA. No; deja, deja. ¡Es muy extraño! Pero, ¿quién es aquél?... ¿Quién es aquél?... ¡No es ilusión!... ¡Adela... Adela... mira... mira!... ¿Tan abandonada estoy de la mano de Dios que lo veo en todas partes... o es él... o es Gastón?

ADELA. Sí, es Gastón. Esta vez no te engañas.

CLARA. *(Con expresión de sorpresa.)* ¿El aquí? ¿A estas horas?... ¿Pero a qué viene? Dios mío, Adela, no me engañes. *(Empezando a sospechar la verdad.)* ¿Qué significa esto?... ¡La verdad!

ADELA. Cálmate, Clara.

CLARA. Aquellos insultos de Pedro... aquellas amenazas de Gastón... ¡Un duelo!... ¡Se trata de un duelo!

ADELA. Sí... ¿pero quién sabe todavía?

CLARA. ¡Qué duda cabe!... Esperan que rompa el día... ¡Dios mío, qué desgracia!... ¡Y sin razón, sin motivo!... Por una casualidad, o por una broma indiscreta a lo sumo... ¡Qué locura!... ¡Es el carácter de Pedro!... ¡No lo niegues: él provocó a Gastón!...

ADELA. No sin causa. ¿Quién provoca? ¿El que defiende su dignidad ultrajada, o el que hace escarnio de lo más sagrado?

CLARA. ¡Calla! ¡Calla! ¡O me volveré loca! Pero mi padre no puede consentirlo. *(Todo esto con agitación, con ansiedad, con pasión.)*

ADELA. Y no lo consiente. Pero no se ha opuesto aparentemente a que el duelo se verifique en el jardín inmediato... a fin de tenerlos a los dos muy cerca hasta el último instante. Hablará con Pedro, llamará a Gastón para calmarle... y todo se arreglará, no tengas miedo. Tu padre está seguro de convencerles.

CLARA. Eso es... explicaciones francas... excusas dignas... Que los dos cedan un poco... ¡Si sería un absurdo... un absurdo!... Un rasgo de demencia.

ADELA. Ahora tranquilízate... Ya verás cómo vienen a buscar a Gastón de parte de tu padre... y cómo entra en las habitaciones del Marqués.

CLARA. Es verdad... mediando mi padre en el asunto estoy más tranquila. *(Se pasea con agitación por la sala; dice que está tranquila,*

pero no lo está. Adela se queda observando en la ventana.)

ADELA. Ya lo creo... ven... ven conmigo...

CLARA. No. Paseándome calmo mejor los nervios. No les pierdas de vista.

ADELA. No tengas cuidado.

CLARA. ¿Han venido a buscar a Gastón para que entre a hablar con mi padre?

ADELA. No... todava no.

CLARA. ¡Cuánto tardan!

ADELA. Estará tu padre convenciendo a Pedro.

CLARA. ¿Que hacen?... Esos... los tres que hemos visto, ¿qué hacen?

ADELA. Pasean y hablan tranquilamente.

CLARA. ¡Tranquilamente!... ¿Y... él... Gastón?

ADELA. Gastón está frío, impasible. Sonríe con indiferencia, como si no se preparase a dar muerte a un amigo.

CLARA. Los hombres son así: te dirán que eso lo que prueba es «su valor».

ADELA. ¿Y tú le admiras por su valor?

CLARA. No he pensado en tal cosa. Pensándolo, pensaría una infamia.

ADELA. Al menos no sabes fingir.

CLARA. No sé fingir: si algún día te digo que desprecio a Gastón, será porque le desprecie. Hasta entonces... no puedo decir lo que no siento.

ADELA. Así te quiero.

CLARA. Y ahora, ¿qué hacen?... ¿qué hacen?... *(Al mismo tiempo quiere y no quiere asomarse a la ventana.)*

ADELA. Ven a verlo.

CLARA. No; yo no. Dímelo tú.

ADELA. La conversación se ha animado y ríen mucho. Gastón es el más expresivo, el más bromista. En sus ademanes, que son elegantísimos, se conoce que está «contando algo», y los demás celebran «lo que cuenta». Acércate... es curioso...

CLARA. No.

ADELA. Espera... ¡ah!... explica «cómo alguien cae en sus brazos»... ¡y con qué mímica tan exquisita lo explica!... ¡Dios me perdone, pero yo creo que les refiere con gran regocijo el lance de ayer: de qué modo tú le ceñiste el cuello!

CLARA. *(Se precipita al balcón.)* ¡Mentira!... *(Observa con empeño.)* No... ¡Creo que tienes

razón!... La risa de ese hombre me hace daño. *(Se retira del balcón y se deja caer en el sofá. Le ha repugnado la risa de Gastón.)*

ADELA. Ven... ven... que los caballeros siguen de buen humor.

CLARA. Basta.

ADELA. ¡Ah!... Un criado ha venido a buscar a Gastón.

CLARA. ¡Al fin! *(Poniéndose en pie.)*

ADELA. Le habla y se dirigen al pabellón del Marqués.

CLARA. ¡Gracias a Dios!

ADELA. *(Deja el balcón y se acerca a Clara.)* ¿Estás más tranquila?

CLARA. Sí. *(Aparte.)* (A veces una sonrisa dice mucho.)

ADELA. ¿En qué piensas?

CLARA. En nada.

ADELA. ¿Empieza a palidecer el ídolo? *(Acercándose y en voz baja.)* Di que sí; dame esa alegría.

CLARA. Las luces de la mañana son muy pálidas.

ADELA. Pues Pedro...

CLARA. ¡Qué pretensión la tuya! ¡Que en menos de veinticuatro horas he de odiar al que amaba y he de amar al que me era indiferente! No tanto, Adela.

ADELA. Silencio... Pedro vuelve... *(Asomándose al foro.)*

CLARA. Pues déjame sola con él. Hazme ese favor. Quiero hablarle.

ADELA. *(Con regocijo.)* ¡Ya le buscas!

CLARA. Yo no miento: no le busco, pero no le huyo. Vete... te lo ruego.

ADELA. Adiós... buen ánimo... pon algo de tu parte... ¡pobre Clara! *(Sale por la izquierda.)*

ESCENA V

CLARA y PEDRO. Clara se retira un poco hacia el fondo. Pedro entra sin verla. Esta escena, importantísima y decisiva, queda encomendada a los actores.

CLARA. ¡Bien sabe Dios que con toda mi alma quiero que este hombre me salve!

PEDRO. No; esta vez tendré valor. Si no me da ánimos Clara, Gastón me mata. Aprecio ahora mismo la vida es tan poco, que no sabré

defenderla. ¡Sepamos la verdad!... Penetrar en el corazón de Clara... y si está, ¡arrancarla, aunque el corazón se venga detrás! ¡Ea!... a no perder el tiempo. A «golpear» la puerta. *(Se acerca con «violencia», pero llama con «timidez».)* ¡Clara!... ¡Clara!... *(En voz baja y temerosa.)*

CLARA. No llames, Pedro; estoy aquí. *(Avanzando.)*

PEDRO. ¡Clara!... *(Volviéndose con rapidez. Pausa. Se miran los dos profundamente; comprenden que ha llegado un instante decisivo.)*

CLARA. Muy temprano despiertas.

PEDRO. No más que tú.

CLARA. Yo no he dormido.

PEDRO. Yo tampoco.

CLARA. El sueño, como los malos amigos, huye cuando más se le necesita.

PEDRO. Pues si toda la noche estuviste despierta, habrás pensado mucho.

CLARA. Mucho.

PEDRO. ¿En quién?

CLARA. En ti... *(Movimiento de alegría de Pedro.)* Y en Gastón.

PEDRO. *(Sin poder contenerse.)* ¡Clara!... Si es verdad, no lo digas. Si es deseo de atormentarme, no sea cruel.

CLARA. ¿Prefieres que mienta?

PEDRO. No, la verdad, aunque me martirice.

CLARA. Pues la verdad te digo.

PEDRO. Dila siempre. Yo no puedo vivir así, ni tú tampoco. Quiero conocer tu alma entera: tus ilusiones, tus esperanzas, tus desengaños. Y en cambio, voy a mostrarme a ti como soy; seré torpe y brutal, pero soy un hombre de honor, y te amo como nadie puede amarte. Cuando nos conozcamos los dos, tú decidirás de nuestra suerte.

CLARA. De tu honor no he dudado nunca; tienes buen fiador, mi padre.

PEDRO. No dudes tampoco de mi cariño.

CLARA. *(Con tristeza.)* ¡Quién puede estar seguro de sus afectos! A las nubes del cielo se las lleva un soplo de aire; a las ilusiones del alma... se las lleva el desengaño.

PEDRO. Lo dices con tristeza y me das alegría. No sé por qué, odio tus ilusiones. Sí lo sé: las odio porque no las he forjado yo. ¡Que se

desvanezcan, que se borren! ¿Me comprendes?

CLARA. Tal vez.

PEDRO. Oye, Clara, hoy no estoy enojado, no te amenazo, no me exalto... Hoy no me tendrás miedo...

CLARA. No; todavía no.

PEDRO. Pues bien, hablemos... no como marido y mujer... sino como dos buenos amigos: sin escrúpulos, sin temores, sin ocultar nada... nada, ¡la verdad, toda la verdad!

CLARA. Sea como tú quieras. Dispuesta estoy a no ocultarte nada: ni el más recóndito de mis pensamientos, ni mi deseo más vago, ni mi ardiente esperanza... *(Al observar un movimiento de Pedro.)* Veo que tiemblas; que procuras dominarte. Si no crees que puedas conseguirlo, más vale que dejemos aquí nuestra conversación.

PEDRO. No... no... Después... ¿quién sabe?... Quizá esta ocasión es única en la vida. *(Algo pensativo.)*

CLARA. No... eso no... no digas eso... *(Por un movimiento instintivo se acerca a Pedro comprende que se refiere al duelo próximo.)*

PEDRO. Oye, Clara; yo comprendo lo que por ti pasa, y por eso me muerden y me envenenan la sangre la desesperación y los celos. Oye, Clara, ¿tú conocías a Gastón?... Te disgusta que pronuncie ese nombre, pero es preciso; él ocupa tus vigilias y ocupa tus sueños. Contéstame: ¿conocías a Gastón?

CLARA. Sí; le vi dos o tres veces. Te diré cómo.

PEDRO. Es inútil; conozco esa historia: una historia insulsa, descolorida... *(Exaltándose; una mirada de Clara le contiene.)*

CLARA. Si conoces la historia, no tengo que contarla. Y me alegro... porque me repugna hablar de esto.

PEDRO. ¡Ah! *(Con alegría descompuesta; su carácter lo domina.)* De modo que ya no es mi violencia lo único que te repugna... ¡sino también la historia de Gastón! ¡Te repugna pensar en él! ¡Ya estamos iguales él y yo! Le alcancé... de mala manera, ¡pero le alcancé! ¡Ah, Clara, si no consigo que me quieras, me volveré loco!... ¡Y si me vuelvo loco, no estarás muy segura a mi

lado!... ¡Clara!... ¡Clara!... ¡Vida de mi vida, luz de mis ojos!... *(Se acerca a ella apasionadamente. Clara retrocede.)* Perdona; no temas... Déjame un momento... *(Deteniéndose.)* Espera... espera que me calme. ¡Hasta las alegrías y las esperanzas son en mí brutales!... La sangre acude al corazón... acude a la cabeza... y no sé... no sé... no respondo de mí... ¡No te vayas, por Dios!... ¡Un instante... para que me calme!... ¡Ah, Clara!... *(Se deja caer en un sofá y se oculta el rostro. Pausa.)*

CLARA. (Si es verdad eso que dice... ¡Pedro me quiere mucho!... ¿Pero será verdad?) *(Aparte.)*

PEDRO. *(Levantándose.)* Ya me hice dueño de mí. Sigamos.

CLARA. Sigamos, pues.

PEDRO. En aquella época... en los tiempos de aquella historia, ¿amabas a Gastón?

CLARA. No.

PEDRO. Piénsalo bien; no te engañes a ti misma; no me engañes a mí.

CLARA. No le amaba.

PEDRO. ¿Sentiste simpatía por él?... ¿Pensaste algunas veces en él?... ¿Te dió pena dejar de verle?

CLARA. Sí.

PEDRO. *(Da una especie de grito o rugido y hace un movimiento como para arrojarse sobre Clara; pero se contiene rápidamente y por completo.)* No; no te asustes: estoy tranquilo. ¿Lo ves? Estoy tranquilo.

CLARA. Te dominas; pero no estás tranquilo. Con las uñas te desgarras el pecho. Pedro... ¡lo estoy viendo! *(Pedro por debajo de la camiseta se araña el pecho.)*

PEDRO. En todo caso, no he llegado todavía al corazón. Sigamos.

CLARA. Sigamos.

PEDRO. Cuando recibiste aquel retrato maldito y pensaste que era el de tu prometido esposo, ¿aceptaste con placer?

CLARA. Sí.

PEDRO. ¿Y si hubieras recibido el mío?

CLARA. Hubiera vacilado; a ti no te conocía. Al fin hubiera cedido, porque le quiero mucho a mi padre; pero por deber, con temor, sin alegría.

PEDRO. ¡Qué noble eres, pero qué poca piedad tienes de mí!... ¡Clara!... ¡Clara!... *(A punto de estallar.)*

CLARA. ¿Prefieres que mienta?

PEDRO. No. Dame la mano. Como a un buen camarada. Soy tu marido, tu dueño... eso sí... tu dueño... Podía pedir un beso, un beso que no acabase nunca; porque hay besos que no acaban ¡ni en el cielo!... ¡y otros que palpitan eternamente en el infierno! Y yo... yo no te pido más que la mano... ¡Para ser tan brutal, soy bien humilde!

CLARA. La mano, sí; y de corazón. Lo que yo te diga será eco de mi conciencia. Lo que yo te conceda te lo concederá el alma. Toma, Pedro. *(Le da la mano, que Pedro estrecha entre las suyas profundamente conmovido. Aparte.)* (Es bueno, sí... es bueno.) *(Pedro se separa de Clara y llora, si cree el actor que debe llorar, y si no lo que al actor le dicte su inspiración.)*

PEDRO. ¡No sé por qué hago esto! *(Con enojo contra sí mismo.)* Unas veces, débil como un niño; otras veces, brutal como un salvaje. ¡Qué difícil es que tú llegues a comprenderme y a amarme! ¡Yo me he criado luchando con la Naturaleza y soy la verdad! Tú perteneces a una sociedad refinadísima, a la de Gastón, y has respirado desde niña una atmósfera falsa y convencional.

CLARA. Al menos en esta ocasión no lo demuestro.

PEDRO. Tienes razón. Sigue.

CLARA. Pregunta.

PEDRO. De suerte, ¿que has empezado a amar a Gastón?

CLARA. No; empezar, no: ¡«ya le amaba»!

PEDRO. ¡Ah! *(Da un grito de rabia, se precipita sobre Clara y la oprime furioso entre sus brazos. Clara no se defiende. Se ve que siente un placer desconocido.)* ¿Y si por esa palabra te hiciese pedazos? ¿Y si ciñera mis manos, que son fuertes, muy fuertes, alrededor de tu cuello blanco y delicado y te ahogase? ¿Y si mis labios, ya que no te pueden besar, mordiesen los tuyos?

CLARA. Matarme, sí... Ahogarme, sí... Morder, sí... Besar, no. Todavía no. *(Con languidez, sin defenderse, sin huir, dulcemente.)*

PEDRO. ¡Ah!... «Todavía», no... Has dicho: «toda-

vía», no... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Entonces... alguna vez... sí!... *(Transición. Mirando alrededor.)* ¡Qué hermosa es la luz que entra por ese balcón!... ¡Cuenta... cuenta!... ¿Cómo amaste a Gastón? *(Burlándose, riendo, importándole poco que hubiese amado a Gastón, porque comprende que ese amor o ha muerto o va a morir.)*

CLARA. Te lo he dicho. Me inspiraba simpatía su recuerdo... me dijeron que debía amarle mucho... y no sé... la costumbre... la idea de que era suya...

PEDRO. ¿Y ahora? ¿Sigues amándole? La verdad: como si te oyese Dios. Dios te oye: que para ti ¡yo soy Dios!

CLARA. Mi amor... era como una corriente... se ha parado de pronto... y ahora... ahora... *(En el fondo hay cierta coquetería; se complace en atormentar un poco a Pedro.)*

PEDRO. Ahora ¿qué? *(Con suprema angustia.)*

CLARA. La corriente empieza a retroceder.

PEDRO. ¡Yo la empujaré hacia arriaba hasta que se hunda en su propia fuente! Sigue.

CLARA. Lo dije todo; no preguntes más.

PEDRO. ¡Pues pregúntame tú por qué te quiero!

CLARA. ¿Por qué me quieres?

PEDRO. No lo sé.

CLARA. ¿Desde cuándo?

PEDRO. Desde que eras niña y te veía pasar en tu coche.

CLARA. ¿Y después?

PEDRO. ¡Pensé siempre en ti; trabajé siempre por ti; soñé siempre contigo, y he despertado, y me dijeron que tu alma era mía... y tu alma era de Gastón!

CLARA. ¡No eres generoso!

PEDRO. Te amo demasiado para serlo.

CLARA. Al menos no hables de ese hombre.

PEDRO. Cuando tú no pienses en él.

CLARA. *(Al oído con voz tentadora.)* Despréciale.

PEDRO. ¡Cuando le castigue!

CLARA. De modo que no cedes; ¿vas a batirte?... con él... ahora... en el jardín.

PEDRO. ¿Lo sabías?

CLARA. Sí.

PEDRO. Pues ahora lo sabes aún mejor. *(La idea de la próxima lucha; la sospecha de que quizá Clara quiere impedir el duelo por un resto de simpatía en favor de Gastón,*

todo esto enardece la sangre de Pedro, que vuelve en el final de la escena a sus arranques brutales y a sus violencias, graduados como crea conveniente el actor.)

CLARA. ¡Imposible!... ¡Ese duelo es imposible!

PEDRO. ¡Es inevitable!... Le insulté, no tanto como merecía, pero lo bastante para que tenga derecho a exigirme una reparación.

CLARA. No, Pedro, no. ¡Te lo suplico... te lo exijo!... Renuncia a ese duelo.

PEDRO. *(Ha vuelto, a pesar suyo, al tono violento.)* ¡Ah!... ¡Así sois todas las mujere ! ¡Me suplicas con lágrimas en los ojos que no me bata con Gastón; y si yo fuese tan débil, tan cándido o tan cobarde que accediese a tus ruegos, no me perdonarías nunca y me despreciarías siempre! ¡Creerías que he tenido miedo porque Gastón es gran espadachín, y crecería él... ante ti... todo lo que yo menguase!... ¡No... no... no tan necio ni tan crédulo!

CLARA. ¡No... yo no pienso esas cosas! Te lo juro.

PEDRO. Ahora, no; pero luego, sí. ¡La mujer no ama al cobarde! ¿Es que quieres que yo lo sea para tener ese pretexto de no quererme? ¡Pues, sí, me batiré, me b tiré... no supliques, no llores, es inútil! ¡Pero oye... dime si quieres «que vuelva»!... Porque si no me dices: «Vuelve, Pedro...», ¡«ya nunca; allá me quedaré... y tú quedarás libre»!... ¡Yo por ti, ¡or ahorrarte una lágrima, doy mi vida... la doy... tú lo verás!... O él o yo: escoge. ¿Nada me dices? El. Me dices: «¿Vuelve?» ¡Con la ayuda de Dios, aquí me tendrás!

CLARA. ¡Pero tú me enloqueces!... ¿Qué es lo que me pides?... ¿Que yo escoja una vida?... ¡Pero, Dios mío!... ¡Es para perder la razón!

PEDRO. ¡Pues piérdela... yo la perdí!... ¡Siento que en mí se desbordan todos los impulsos de mi naturaleza salvaje!... ¡Bastante me contuve! Ahora, quiero, mando, exijo... ¡El o yo!

ESCENA VI

CLARA y PEDRO; GASTON por la puerta de las habitaciones del Marqués.

GASTÓN. *(Deteniéndose sorprendido al verlos.)* ¡Ah!
PEDRO. ¡Gastón!
CLARA. ¡El!
GASTÓN. Dispense usted, señora; salgo del cuarto del señor Marqués; es tan temprano, que no imaginé encontrar aquí a nadie, y tomé el camino más corto para bajar al jardín... *(Inclinándose respetuoso.)*
CLARA. ¿Al jardín va usted?
GASTÓN. Sí, señora.
CLARA. ¿A batirse con Pedro?
GASTÓN. El lo ha querido y mi dignidad lo exige.
CLARA. No lo consiento. *(Pedro hace un movimiento de ira, pero se contiene; su actitud en esta brevísima escena queda encomendada al actor.)*
GASTÓN. Señora, es inevitable. Su esposo de usted se niega a darme explicaciones. De modo que no he podido ceder a los ruegos del Marqués. Sin embargo...
CLARA. ¿Qué?
PEDRO. ¿Qué?
GASTÓN. Sin embargo, si usted, señora, comprendiendo que la razón está de mi parte... «pronuncia una palabra... una sola... muy breve»... que yo no dejaré que usted termine... y «esa palabra» es como una «reparación» de las violencias de su esposo, «renunciaré a ese duelo»: palabra de honor. *(Se ve que Gastón lo que quiere es humillar a Pedro, hacer que Clara le ruegue. Pedro apenas puede dominarse, pero aguarda.)*
CLARA. *(Comprendiéndolo.)* Sería una humillación para Pedro, que yo...
GASTÓN. Señora, él me humilló antes. *(Pausa prolongada.)* Señora, espero esa palabra.
CLARA. *(Con suprema dignidad.)* «No la pronuncio».
GASTÓN. *(Contrariado, pero respetuoso.)* Señora... *(Se inclina y sale por el fondo.)*
PEDRO. *(Con inmensa alegría.)* ¡Ah!... ¡Gracias... gracias, Clara!
CLARA. *(Con profunda emoción.)* ¡«Vuelve», Pe-

dro!... ¡Quiero «que vuelvas»!... ¡Te espero!

PEDRO. ¡Clara!... *(Se precipita, coge a Clara en sus brazos y la besa.)* Y ahora... fuerza, corazón, vista segura, golpe certero, energías salvajes de mi naturaleza, ¡no me faltéis!... Sí, volveré... *(Sale por el fondo.)*

ESCENA VII

CLARA; después ADELA

CLARA. ¡Pedro! ¡Pedro! ¡Dios mío, he perdido la razón!... Ese hombre consigue enloquecerme... ¡No; no quiero que muera, quiero verle otra vez!... *(Todo este monólogo con agitación extrema, como la actriz lo sienta.)* ¡Ya habrá llegado... ya habrán cruzado los hierros... Gastón es diestro... Pedro va ciego. *(Asomándose al balcón; luego se retira.)* ¡No... no se ve nada!... ¡Adela!... ¡Adela!...

ADELA. ¿Qué? ¿No has impedido el duelo?

CLARA. ¡Al contrario... al contrario! ¿Lo comprendes tú?... ¡Yo casi les he obligado!... ¡Yo misma!... Dios mío, ¿qué he hecho? *(Angustiada, afligida, llorosa, etc., etc.)*

ADELA. ¡Pero Clara... por Dios!...

CLARA. ¡Espera!... ¡Vienen!... Viene uno... pero ¿cuál? ¿Cuál será? *(Se abraza aterrada a Adela.)*

ESCENA VIII

CLARA, ADELA y PEDRO

PEDRO. ¡Clara!...

CLARA. ¡Pedro! *(Se confunden en un abrazo.)*

PEDRO. ¡Por fin!...

CLARA. ¡Por fin!

PEDRO. ¡Te lo dije!... ¡«Volveré», y «he vuelto»!

ADELA. ¿Y Gastón?

PEDRO. ¡No sé!... ¡Qué importa!... Allá quedó: herido... sí... ¡herido! ¡En tierra él! ¡Yo, en tus brazos! *(A Clara.)*

CLARA. *(Reconociéndole con ansia.)* ¡También sangre!... ¿Estás herido?

PEDRO. ¡Poca cosa... no te espante... ven, ven a mí, y mánchate con mi sangre, que es el bautismo de tu amor! *(Se abrazan estrechamente.)*

FIN

NOTAS

PRIMERA

En la traducción italiana no se hicieron más que las siguientes modificaciones:

Se cortó casi toda la primera escena del primer acto entre los criados, reduciéndola a unas cuantas frases

Pedro no entrega a Gastón la carta y el retrato, sino este último, que Gastón trae preparado cuando vuelve a escena. De suerte que a vista del espectador se ponen los sellos a la carta.

En el segundo acto se hicieron también algunos pequeños cortes; pero la principal modificación fué reducir a la mitad la escena entre Clara y Pedro, a fin de llegar con más rapidez a la explicación definitiva.

En el acto tercero, además de varios cortes, se suprimieron todos los bocadillos que dicen Clara y Adela detrás de la cortina, quedando sólo el monólogo de Pedro.

También se abrevió la escena entre éste y Clara.

Por último, siguiendo los consejos de los que vieron los ensayos, se hizo que saliese, en la escena final del drama, Lola, a fin de terminar la obra con una *nota cómica*.

SEGUNDA

Posteriormente, el señor Novelli, con su gran práctica teatral, con buen deseo, que le agradezco, y con entusiasmo, que nunca olvidaré, por la obra y por el autor, se propone introducir algunas otras modifica-

ciones, cuyo texto no incluyo porque no ha llegado a mi poder al dar el drama a la imprenta, pero que según me explicó el insigne actor son las siguientes:

En el primer acto, fotografías de Pedro y Gastón aparecen en la escena.

Al final, Gastón no dice lo que ha hecho: se deja que lo adivine el público.

En el segundo acto introduce otro personaje, a saber: doña Gertrudis, tía de Clara, que sale a escena para dar más animación al cuadro.

Además, se explica que la boda se ha verificado por poderes por enfermedad de Pedro, que, creyendo morir, quiso dejar su fortuna a Clara.

Se suprime por completo la escena de este acto entre Pedro y Clara. Esta se retira avergonzada del error que ha cometido, y aterrada ante la actitud amenazadora de Pedro. No presencia, pues, la provocación de éste.

En el acto tercero, a las escenas en que figura Adela se sustituyen otras equivalentes en que toma parte doña Gertrudis.

OBRAS DE DON JOSÉ ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)
El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso, imitación.
O locura o santidad, drama en tres actos, original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama en tres actos, original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)
En el pilar y en la cruz, drama en tres actos, original y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original, en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original, en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI, original en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original, en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.
El gran galeoto, drama original, en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el normando, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico, en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás?, casi proverbio, en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original, en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original, en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático, en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en tres actos y en prosa.
Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
El conde Lotario, drama en un acto y en verso.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.
Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo-exposición en prosa.
Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-político, en tres actos y en prosa.
El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada «Gengangere».
Sic vos non vobis o la última limosna, comedia rústica original, en tres actos y en prosa.
Mariana, drama original, en tres actos y un epílogo, en prosa.
El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.
A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo, en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.
María-Rosa, drama trágico, de costumbres populares, en tres actos y en prosa. (Traducción.)
Mancha que limpia, drama trágico, en cuatro actos y en prosa.
El primer acto de un drama, cuadro dramático, en verso.
El estigma, drama en tres actos y en prosa.
La cantante callejera, apropósito lírico, en un cuadro y en prosa.
Semíramis o la hija del aire (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.
Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)
La calumnia por castigo, drama en prosa, en tres actos y un prólogo.
La duda, drama original, en tres actos y en prosa.
El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.
Silencio de muerte, drama original, en tres actos y en prosa.
El loco Dios, drama original, en cuatro actos y en prosa
Malas herencias, drama original, en tres actos y en prosa.
La escalinata de un trono, drama trágico original, en cuatro actos y en verso.
La desequilibrada, drama original, en cuatro actos y en prosa.
A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa.
Entre dolora y cuento, monólogo.
El moderno Endimión, ídem.
El canto de la sirena, ídem.
El preferido y los cenicientos, drama vulgar o escenas de familia, en un prólogo y dos actos, **por Librado** Ezguienza.
